BRUGUERA

BOLSILIBROS

FUTURO

HEROES DEL ESPACIO

EL SEÑOR DE GRAARK

Lem Ryan



El Señor de Graark
Lem Ryan

Héroes del Espacio/234

1ª edición en España: febrero, 1985
1ª edición en América: agosto, 1985
Concedidos derechos exclusivos a favor de Editorial Bruguera, S. A.
Camps y Fabrés, 5. 08006 Barcelona (España)

Impreso en España - *Printed in Spain*
ISBN 84-02-09281-0 / Depósito legal: B. 1.684-1985
Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Carretera Nacional 152, km 21,650. Parets del Vallès (Barcelona) - 1985

PRIMERA PARTE
IMPERIO EN LAS ESTRELLAS

CAPÍTULO PRIMERO

Estaban allí.

Pudieron verlos bajo la potente luz del gigantesco sol rojo de Gmar, brillando como fuego y dejando radiantes estelas de plata en su camino. Apenas conseguían seguirlos con la mirada en el cielo plomizo, tal era su velocidad. Eran cazas estelares del Imperio, y ninguna nave entre los dominios del Señor de Graark podía competir con ellas; ni siquiera soñar con ello. Aquella que lo intentase, estaba

irremisiblemente condenada al fracaso.

Eso sucedió aquella brumosa y fría mañana en Gmar, mundo-colonia del Sistema Dha'ari. Varias escuadrillas de cazas rebeldes se enfrentaron a las poderosas naves imperiales con el ímpetu que da la desesperación. Los cielos se llenaron con rugidos furiosos de los reactores y los silbidos amenazadores de sus disparos. Horas antes, quizá días, toda una flota había sucumbido bajo la potencia de los destructores imperiales. Los supervivientes fueron perseguidos y aniquilados. La caza terminaba allí, en aquel mundo-colonia.

El combate duró poco. Volando en la atmósfera de Gmar, las naves veían muy acortadas sus reales posibilidades de vuelo. Esa era la baza que se jugaban los rebeldes; en el espacio exterior, los cazas del Imperio eran muy superiores. Si había alguna esperanza, ésta se hallaba en Gmar, donde la atmósfera nivelaba a ambos contendientes.

Se equivocaron.

La capacidad de combate de las naves del Imperio seguía siendo muy superior a los rebeldes, incluso con las limitaciones de una atmósfera planetaria. No en vano conquistaron miles de mundos a lo largo y ancho del Universo, batiéndose contra las fuerzas siderales de culturas remotas y extrañas y venciendo siempre. Aquella vez no fue diferente.

Los rebeldes lucharon con valor, sin pedir ni dar cuartel. Causaron numerosas bajas en sus enemigos, pero al final todas sus naves quedaron convertidas en fragmentos de ardiente metal que cayeron a tierra como una espantosa lluvia de fuego blanco. Ni uno solo de los pilotos rebeldes sobrevivió.

Los pocos que contemplaron aquella batalla sintieron el dolor y la frustración de la derrota. Ocultos en la selva que se extendía como un interminable océano verde bajo las rápidas naves que luchaban en las alturas, no pudieron hacer nada por sus compañeros y amigos. Eran los tripulantes de una de las pocas naves que lograron escapar de los destructores imperiales, una veintena de seres, proscritos de una docena de mundos. Su astronave se había estrellado contra el suelo del planeta y era imposible volver a remontar el vuelo con ella. Por eso sólo pudieron mirar, impotentes, mientras los demás morían en un cielo que se llenaba de explosiones cegadoras.

Tras la sangrienta batalla, sólo quedaron los veloces cazas del

Imperio recorriendo las nubes, victoriosas.

Sus siluetas afiladas, majestuosas, escrutaron los alrededores como siniestras aves de presa. En su interior, los biosensores actuaban. Si existía algún superviviente, ellos lo sabrían.

—¡Marchémonos de aquí! —fue el grito que se extendió entre los escasos rebeldes que quedaban en las selvas de Gmar—. ¡Si nos detectan estamos perdidos!

Se separaron. Todos ellos disponían de armas manuales. Suficiente contra otros enemigos, contra cualquier peligro que pudiese acecharlos en la jungla, pero totalmente inútiles para salvarlos si sus cazadores eran los soldados imperiales.

Un par de cazas efectuaron varios barridos por encima de ellos. Debieron detectarlos, porque en seguida comenzaron a disparar. Árboles enteros se desgajaron convertidos en astillas por los impactos devastadores. Las criaturas a las que perseguían huyeron despavoridas, profiriendo insultos en distintos idiomas y rezando a sus dioses tutelares. Algunos respondieron al fuego con sus armas, mas no consiguieron nada. Sus rayos se perdieron en la distancia.

Se abrieron paso a través de la vegetación penosamente, con el rugido de los cazas siempre revoloteando sobre ellos como una promesa de muerte. Pies que en su mayoría no eran humanos se hundían en el légamo pantanoso y salpicaban en rededor con furia en su carrera. Voces guturales instaban a una mayor rapidez a los más retrasados, entre exabruptos mitad furiosos mitad angustiados.

Las fuerzas de choque imperiales, tropas de asalto preparadas para el combate en tierra, salieron de un transporte especial que había descendido a Ornar acompañando a los cazas estelares. Docenas de armaduras de extraño cristal negro quebraron la luz del enorme sol rojo. Flotaron unos instantes en el aire sobre sus plataformas antigravedad, como recibiendo instrucciones que nadie más que ellos podía oír, y luego marcharon en distintas direcciones, empuñadas las armas por sus dedos enfundados en flexible cristal.

Iban a por ellos.

Su misión, sin duda: matarlos, acabar con la subversión de una vez por todas, con un solo golpe. Y la cumplirían. Los soldados imperiales eran fieles e implacables. Si ésa había sido la orden, no habría clemencia. Ejecutarían a los rebeldes sin pensar, como los perfectos soldados que eran.

No tardaron en encontrarlos. Los tripulantes de la nave averiada iban a pie, trasladándose por sus propios medios entre la espesa vegetación; su marcha era lenta, muy lenta. Pese a haberse separado y viajar en pequeños grupos, sus esperanzas eran prácticamente nulas.

Intentaron defenderse. Usaron sus armas contra las negras figuras que se acercaban, abrasando el cielo esmeralda sobre sus cabezas con los disparos. Pero los rayos estallaron en miríadas de chispas azules al chocar contra las armaduras negras, sin llegar a hacerles nada.

Las tropas de asalto atacaron entonces. Cintas de luz plateada brotaron como ráfagas de sus rifles. Levantaron la tierra allí donde golpearon, destruyendo cuanto hallaban a su paso. Uno tras otro, los rebeldes cayeron prácticamente destrozados, atravesados sus cuerpos limpiamente por los mortales rayos de plata. Poco o nada importaba que estuvieran indefensos. Los ejecutaron sin piedad. El que intentó huir, halló la muerte en su espalda.

La selva entera se estremeció con los gritos de agonía, con los chasquidos siniestros de los disparos, que hallaron eco en lo más profundo de su corazón, allí donde los árboles y la vegetación formaban muros de oscuro jade que ni siquiera el sonido podía atravesar. Cuando todo acabó, sólo quedaron esos ecos, repitiéndose interminablemente, mientras los verdugos imperiales contemplaban su hazaña y buscaban más presas entre la fronda.

—Todos muertos —informó uno de ellos con voz inhumana, a través de los sistemas de comunicación de su casco. Alguien recibió el mensaje en la poderosa flota que se acercaba a Ornar y decidió que no era necesario destruir el planeta entero si los rebeldes habían sido exterminados.

Poco después, la selva quedó en silencio. Naves y soldados habían marchado de regreso a las estrellas, dejando como recuerdo de su paso por Ornar la muerte y la sangre que ahora manchaban su tierra. Pero también dejaban algo más...

Aquel soldado se había equivocado. No todos estaban muertos. Uno, por lo menos, continuaba con vida.

CAPÍTULO II

Arkan B'aa-Shi, medio oculto entre la maleza, contempló lleno de furia e impotencia los cadáveres de sus compañeros. Cuerpos mutilados, destrozados, de seres pertenecientes a razas increíbles de lejanos mundos y estrellas, era lo único que quedaba de ellos. Los soldados del Imperio habían sido rápidos e inclementes. Era casi un milagro que no hubiesen acabado también con él.

No sabía como pudo escapar de la matanza. Tal vez sólo tuvo suerte, y si era capaz ahora de llorar a los que durante tanto tiempo fueron sus camaradas y buenos amigos se debía tan sólo a un capricho cruel del Destino. Lo importante, en todo casi, era que vivía...

Cuando supo con total certeza que las fuerzas imperiales habían abandonado la zona, se puso en pie. Sus ropas estaban sucias de lodo, sus cabellos rubios empapados y revueltos. No había dudado en hundirse en el fango cuando comenzó el tiroteo, y eso había salvado su vida. De otro modo, estaría allí mismo, convertido en un despojo ensangrentado, compartiendo la desdichada fortuna de los demás en la oscura Tierra de las Sombras.

Arkan era humano. Totalmente humano. Su raza era una más de las infinitas que poblaban el Universo. En la magnitud del Imperio, cuya vasta extensión ocupaba casi incontables mundos, lejanísimos sistemas de estrellas, cientos de galaxias, la humanidad era escasa, casi ridícula. Sin embargo, y por suerte o desgracia, él era humano, tenía dos manos con cinco dedos en cada una, dos ojos, dos brazos, dos piernas...

No gritó, no maldijo, no se desesperó... Su odio hacia el Imperio era más grande que cualquier otro sentimiento que hubiese conocido en su vida, pero también sabía que aquello era una guerra. Y en las guerras hay muertos, por mucho que pese a los que pierden en ellas a sus seres queridos. Ellos sabían a lo que se exponían cuando se levantaron en armas contra el yugo imperial; sabían que muchos perderían la vida sin ver hecho realidad el sueño por el que lucharon, que la Muerte no respeta nada en las guerras.

Cabizbajo, con la mandíbula dolorida de tanto apretar los dientes, se hizo con algunas armas y se internó en la espesura. Su expresión era terrible; su faz estaba lívida, contraída, y una extraña fiebre perlaba de sudor su frente. No miró atrás ni una sola vez.

Haría más por sus compañeros muertos saliendo de allí que quedándose para desahogar su dolor y sentir lástima de sí mismo.

Dejó tras de sí la desolación y la muerte, para verse rodeado por un mundo rebosante de vitalidad y color. No había estado nunca antes en Gmar, pero sí sabía que era una colonia rica, fértil y pacífica. No tenía ninguna duda acerca de sus dos primeras cualidades; de la tercera, juzgaría cuando hallase algún lugar civilizado.

Caminó durante horas enteras, sin detenerse, luchando contra la lujuriante jungla que cerraba su paso. No tenía machete; ni un cuchillo, por pequeño que fuera, para cortada vegetación. En rededor, todo eran chillidos, graznidos, zumbidos, incontables sonidos que no podía reconocer pues la fauna que pudiese habitar en aquel planeta era un misterio para él. Sin embargo, no le resultaba extraño el ambiente. Había estado en muchas selvas y bosques en su planeta natal, y sabía desenvolverse en ellas.

En cierta ocasión, absorto como estaba en encontrar un camino donde la fronda fuera menos espesa, el cielo pareció caer sobre él. Una masa oscura, un torbellino de velo grisáceo y zarpas asesinas, buscó su rostro para destrozarlo. Arkan supo qué clase de criatura era al instante: un cuadrumano, un simio enorme, de aterradores colmillos, al que abatió de un disparo. Comprendió entonces que en un sitio como aquél no podía permitirse el lujo de distraerse ni un momento.

Resoplando, volvió a poner el rifle en su hombro y reanudó la marcha, no sin antes proveerse de unos grandes trozos de carne de simio. No sabía a qué distancia podía encontrar un centro habitado, ni si lo encontraría. En todo caso, no estaba dispuesto a morirse de hambre, después de haber sobrevivido a la ira del Imperio.

* * *

La muchacha nnigaria limpió el sudor de su frente y sonrió al oír el murmullo sordo de Gairyna, el Gran Río del Dragón. Llevaba en la espalda un recipiente hermético, sujeto a sus firmes hombros por un sistema de correas, y caminaba con paso ágil. Mientras se iba acercando al río, su sonrisa crecía. No parecía preocuparse por los posibles peligros que pudieran acechar entre la densa maleza.

Gairyna era el más grande de los ríos al sur de Adla. Sus aguas eran mansas y su cauce serpenteante parecía un espejo de bruñida plata, zigzagueando interminablemente entre masas ingentes de verdor. En sus riberas, plantas exóticas semejantes a helechos gigantescos acariciaban las aguas serenas. La muchacha vio todo eso con ojos fascinados, dejó el recipiente metálico en la orilla, se desnudó a toda prisa y se zambulló en las cálidas corrientes del Río del Dragón, sin pensarlo dos veces.

Su cuerpo hendió las aguas, impulsado por poderosas brazadas. Su piel brilló bajo el sol rojizo de aquel lejano mundo-colonia, y el líquido que saltaba eran diamantes atravesados por lanzas de luz escarlata. Parecía una mítica ninfa de leyendas olvidadas, jugando revoltosa en sus dominios de fábula. Nadaba, saltaba, giraba, se sumergía... y reía llena de felicidad.

Buscó ingrávida bajo las aguas, contenida la respiración. Buscó en el lecho fluvial con la mirada, allí donde la vegetación acuática formaba una alfombra de algodón verde oscuro. Peces y pequeñas criaturas a cual más extraña y bella desfilaron ante los ojos de la joven nnigaria. Se sumergió aún más, acercándose cautelosa al banco de huidizos y fulgurantes peces, dejó que la corriente la arrastrase y, como un huracán, sus dedos aferraron un cuerpo alargado, dorado, que se debatió furioso entre sus uñas, intentando liberarse. Cuando regresó al aire, con alegre estallido de diminutas gotas, que salpicaron en torno al salir su cabeza y hombros, llevaba su presa en la boca, como un orgulloso trofeo.

Salió del río, desnuda, gloriosa, centelleando el agua que resbalaba por su piel, por sus cabellos. El pez golpeaba su rostro con furiosos coletazos de agonía. Abrió con dedos hábiles la caja metálica y lo metió en su interior acolchado, al mismo tiempo que conectaba el sistema de congelación, para después despreocuparse por completo de su presa y volver a lanzarse de cabeza al Gairyna.

Durante unos minutos, la superficie del río permaneció tranquila, surcada por miles de sierpes sangrientas que parecían nadar contra corriente. Bajo sus cristalinas aguas, sólo podían verse borrosas siluetas. Fuera, en la jungla, aparte de sus mil sonidos diversos y el suave rumor del viento, un viento cálido y pegajoso, se oyó el ruido de unas botas pisando cautelosas las crujiente alfombra de detritus vegetal que cubría el suelo; algo apartó la exuberante vegetación, y

el cañón de un rifle brilló a la luz del sol.

La cabeza de la muchacha emergió en aquel momento, con otro pez en su boca carnosa. Abrió mucho los ojos, entre sorprendida y asustada, fijos éstos en el intruso que la apuntaba hacia su cabeza con aquella temible arma. Apenas podía ver su rostro, pero sí su extraño uniforme rojo y negro, roto en algunas partes, justo donde habían sangrado varias heridas, sus botas manchadas de negro fango, su silueta gigantesca, erguida entre los aún más enormes helechos, las manos que empuñaban el poderoso rifle, de un color imposible, entre dorado y naranja...

Instintivamente, sin pensarlo siquiera, se echó hacia atrás, alejándose de la orilla. La extraña criatura de piel blanquecina seguía encañonándola. También su rostro era dorado. ¡Y sus cabellos! El miedo creció dentro de ella. Sabía que en los incontables mundos del Imperio había razas increíbles, seres que ella ni siquiera podría imaginar; sus padres se lo habían dicho muchas veces, pero nunca vio más que nnigarios en la Colonia, así que aquellos seres inconcretos de los que oía hablar sólo fueron fantasmas sin forma durante toda su joven vida.

Hasta ahora....

¿Sería peligroso? ¿Le haría daño...?

—Sal de ahí.

Sintió un escalofrío al oír aquella orden, respaldada por la muda amenaza del arma. Hablaba perfectamente el idioma oficial del Imperio y su voz era ronca, profunda, brutal casi; nada tenía de la musicalidad y dulzura de su raza. Había ecos de violencia en aquella voz. Tal vez por eso obedeció, pese al auténtico terror que sentía ante la sola idea de acercarse.

Abandonó las plácidas aguas, sin dejar de mirar en ningún momento al ser de piel dorada. Quedó totalmente desnuda e indefensa ante los ojos del desconocido y su pudor nnigario la obligó a cubrir sus partes íntimas con los brazos. En realidad, no era tan diferente a los machos de su raza; el color de su piel, en todo caso, era lo más raro; y sus ojos, demasiado grandes y redondos, casi bovinos, que parecían ¿verdes?, ¿azules?... En todo lo demás era igual, salvo en su elevada estatura, muy por encima de la media nnigaria. Sin embargo, el miedo seguía acelerando los latidos de su corazón.

Arkan, por su parte, ya había reconocido la raza a la que pertenecía la muchacha. Sabía que estaba ante una hembra de Nnigar, un lejanísimo mundo que se extinguía, envejecido. La contempló sin manifestar ninguna emoción. Era hermosa... y joven, muy joven. Tenía la piel azulada como los cielos de su mundo natal, y los cabellos totalmente negros, chorreantes en esos momentos. Se encontró con unos ojos rasgados, oscuros, de pupilas felinas, que lo miraban con profundo terror. Seguía apuntándola con el rifle.

—Vístete —ordenó con brusquedad, oteando en rededor, receloso. No estaba seguro de que la nnigaria hubiese venido sola.

Mientras, ella obedeció, sin dejar de temblar. Sus ropas no podían ser más sencillas y humildes, como sencillo y humilde era el propio pueblo de Nnigar: unas copas de metal cubrían sus senos, y el resto de la indumentaria consistía en una corta falda de seda roja sujeta a sus caderas por un ancho cinturón de cuero con numerosos dibujos en plata, además de algunos adornos, también de plata, como el brazalete que ceñía su brazo derecho. El humano recorrió su cuerpo con gélida mirada. No había nadie más en las cercanías.

—¿Como te llamas?

— YIsis —respondió la muchacha con una voz que parecía el tintineo de cientos de campanillas de cristal, pese al temblor que el miedo ponía en sus labios.

Arkan bajó el cañón del arma.

—Muy bien, YIsis; ahora mismo me vas a llevar al sitio de donde vienes. No temas. No te voy a hacer daño. Sólo quiero salir de aquí, encontrar un sitio donde haya gente, naves... ¿Me entiendes?

—Sí.

—Entonces, llévame hasta allí...

Su tono seguía siendo duro, áspero. Ylsis, sumisa y todavía asustada, se dispuso a cumplir sus órdenes y cogió la caja metálica, pero el gigante dorado se la arrebató de un zarpazo. Sin que ella lo advirtiese, se había acercado tanto que casi podía tocarla. El temor creció una vez más. Pero el humano no hizo nada. Se limitó a mirar el recipiente y cerciorarse de que no contenía ninguna arma.

—Siento haberte asustado —dijo por fin—. Yo llevaré esto. Tú sólo guíame.

Silenciosa, la muchacha desanduvo sobre sus propios pasos para regresar por el mismo camino por el que vino, seguido por la

criatura de inaudita piel dorada. Avanzaban con rapidez entre la espesura, y podía oír con claridad la pesada respiración a sus espaldas. ¡Dioses, qué ser tan horrendo y bestial! Temía que en cualquier momento pudiese saltar sobre ella para saciar sus sucios apetitos y destrozarla después, sólo con sus manos...

Sin embargo, nada de eso sucedió.

No tardaron mucho en encontrar la aldea nnigaria, una vez fuera de la lujuriosa jungla. Ylsis, entonces pareció recobrar su valor y echó a correr con toda la fuerza de sus musculosas piernas de terciopelo azul. Arkan sonrió y la dejó marchar, sin intentar siquiera detenerla. Caminó arrastrando los pies bajo el fulgurante sol rojo, aplastando matojos que a veces llegaban hasta sus rodillas, mientras la muchacha se alejaba y gritaba algo totalmente incomprensible. Hombres de piel opalina acudieron al sonido de su voz. Ella les dijo más cosas en su idioma y todos se volvieron para mirarlo. Le pesaban los párpados. Algunos osados se acercaron con lentitud. Sintió que su cabeza daba vuelo tas. El sol rojo... ¡Aquel maldito sol rojo!

Se detuvo. Los nnigarios comenzaban a rodearlo, con intenciones evidentemente hostiles. Trató de decir algo, pero una bruma oscura lo envolvió. Ante los ojos asombrados de los hombres azules, el coloso humano se desplomó estrepitosamente. Todos se miraron, como preguntándose qué debían hacer.

CAPÍTULO III

—Estaba extenuado, *jari*. Y herido. Debe haber pasado semanas en la selva.

—Llevaba un arma...

—Eso de poco sirve cuando estás perdido en un mundo que no es el tuyo, rodeado de fieras, insectos y con la agobiante sensación de que la Muerte te acecha donde quiera que vas. Hay quien no lo aguanta y se vuelve loco.

Ylsis miró al hombre de piel dorada. Seguía inconsciente, tendido en un lecho formado por sedas de bellísimos colores y complicados dibujos en hilo de oro. No había despertado desde que cayera a las puertas del poblado, casi dos días antes, pero al menos ya no tenía

fiebre y lo peor parecía haber quedado atrás.

—¿Por qué debemos cuidarlo, padre? Ni siquiera es como nosotros. No creo que merezca nuestra atención.

Se había vuelto hacia el robusto personaje de piel también azulada y cabellos grises que estaba con ella. El seguía contemplando al humano.

—En el fondo, es como nosotros, mi *jari* —sonrió—. Tal vez en algunas cosas somos diferentes, pero en lo esencial somos iguales. Obsérvalo bien y verás como tengo razón. No seríamos dignos ni de tener un nombre si no lo hiciéramos.

—¿Incluso habiéndome amenazado con su arma?

—Incluso así...

La muchacha no dijo nada más. Sus pupilas de gato se posaron en el cuerpo desnudo que yacía sobre las sedas y hubo una chispa que ni siquiera ella podía identificar en los hermosos ojos rasgados, aunque su rostro permaneció inmutable. Llegó a odiar días atrás a aquel mismo ser, e incluso deseó con fervor su muerte, pero ya no, su odio se había extinguido como por arte de magia, y la aversión que antes sentía era ahora fascinación. Su padre tenía razón: después de todo, no eran tan diferentes.

—¿De dónde habrá venido?

—El Universo es infinito; los mundos habitados, incontables. Puede ser de cualquiera de ellos. Pero sí sé porqué está aquí.

Ylsis pestañeó.

—¿Lo sabes?

—¡Espera! Está volviendo en sí...

Era cierto. El gigante se removía en el lecho, a punto de despertar.

* * *

Tres veces salió el enorme sol de Dha'ari para iluminar la pequeña aldea nnigaria y tres veces se ocultó, y en todo ese tiempo no vio a la joven Ylsis. Ella parecía evitar su presencia, y allí donde fuera Arkan nunca la encontraba. Cuando se cansaba de buscarla —porque la buscaba, eso era evidente—, parecía aceptarlo con resignación, encogía los hombros y se tumbaba en la hierba, lejos del poblado, para contemplar los cielos.

No podía salir de Gmar. No aún...

Había hablado sobre ello con Yoon, el venerable padre de la muchacha que lo sacó de la jungla y que muy probablemente salvó su vida sin saberlo. No pareció creer su historia acerca de un accidente que le hizo estrellarse en la selva, pero tampoco le exigió la verdad. Era un tipo inteligente, de eso no había duda. Los nnigarios, fieles al Imperio, no podían saber que había ofrecido su hospitalidad a un rebelde. Si alguien lo hubiese averiguado, habría tenido que... matarlo. Tal vez por eso Yoon prefirió aquella mentira a la peligrosa realidad.

En Adla, la ciudad-base de Gmar, existía un astropuerto, pero eran escasas las naves que aterrizaban en él, todavía debido al poco tiempo que llevaba construido. A pesar de ello, Yoon le prometió que arreglaría su situación para que pudiese marchar en alguna nave comercial. Pero necesitaba tiempo... No mucho, pero debía tener paciencia y esperar.

Recordaba bien sus palabras:

—Hago esto porque me obliga la cortesía de mi raza. Y por mi hija. De otro modo, no dudaría en cumplir con mi deber.

¿Su deber? ¿Denunciarlo tal vez? Sí, lo más probable es que se refiriese a eso, sospechando quizás... Sabría de la batalla que tuvo lugar en los límites del Sistema Dha'ari; llegar a la conclusión de que era un superviviente de aquella lucha era casi natural.

Aquella noche también buscó a YIsis en las calles del poblado, caminando entre las viviendas semiesféricas y blancas de la tribu de colonizadores nnigarios, pero no logró verla por ninguna parte. Daba la impresión de que había sido tragada por la tierra; o que no deseaba verlo. Bien, si era así...

Salió de la aldea y recorrió un largo trecho bajo las desconocidas estrellas que tachonaban la negrura espacial. Se sentía mejor. Mucho mejor. Tantas semanas en lo más profundo de las inexploradas selvas nnigarias lo dejaron al borde de su resistencia física y aquel descanso le venía como una cuestión de vida o muerte. Lo necesitaba de verdad.

Fue allí donde encontró a YIsis. Ver con claridad en las noches de Ornar era muy difícil; no había ningún satélite que apartase los velos de negrura que cubrían el planeta. Y, sin embargo, no tardó en reconocer la fantasmal silueta azul aureolada por la fría luz de las

estrellas que apareció ante sus ojos. Parecía esperarlo. Sin darse apenas cuenta, sonrió.

—Sabía que vendrías aquí.

Era la segunda vez que oía su voz, y de nuevo le recordó el repique celestial de cientos de campanillas de fino cristal. Se acercó. La muchacha era menuda, como todos los de su raza; su rostro quedó a la altura del torso desnudo de Arkan.

—¿Sabías también que llevo días buscándote? —preguntó él. Ya no había violencia en sus palabras.

—Sí.

—¿Me temes todavía?

—Sí.

—Entonces, ¿por qué estás aquí conmigo, sola?

—No lo sé.

Apenas podían verse el uno al otro. Eran sombras inconcretas, la una azul, la otra blanca, pálidas ambas bajo la bóveda celeste, inmóviles y tan cercanas que muy bien podía confundirse con una sola en la distancia.

—¿Es cierto que te marcharás pronto?

—Debo marcharme, sí.

—Quédate...

—Creía que me odiabas —sonrió de nuevo el hombre, pero miraba fijamente a la nnigaria. Le cogió con suavidad por los sedosos hombros—. ¿Lo deseas de verdad? ¿Deseas que me quede?

Ella bajó los ojos, temerosa de que en ellos se reflejasen sus sentimientos. Dejaron de relucir sus pupilas en la oscuridad. Un viento suave, cálido, acarició a ambos, como incitándoles a que siguieran su ejemplo.

—Sí.

—Lo haría, YIsis; te lo juro —tenía la boca seca—.

Si no hubiese tanto en juego, no dudaría. Me quedaría a tu lado. Yo... lo deseo tanto como tú. Pero debo irme. No puedo decirte por qué, y tú tampoco debes preguntármelo.

—No lo haré —ella había alzado de nuevo la mirada—. Pero, dime, ¿volverás?

—Si lo supiera, te lo diría. Lo más probable es que no... no volvamos a vemos. —Tal vez sea lo mejor.

—No... No es lo mejor...

YIsis dio un paso atrás, alejándose de Arkan B'aa-Shi.

—Te esperaré —prometió, con su susurro apenas audible—. Si regresas, yo estaré aquí.

Después, se marchó corriendo hacia la aldea. Las tinieblas se la tragaron al instante, y Arkan sintió un peligroso nudo en la garganta al verla desaparecer. Tal vez nunca volvería a tenerla tan cerca como aquella noche. La Muerte era una amenaza tangible, siempre caminando a su lado, siempre esperando una oportunidad... La elección era clara: o ella, o Ylsis... No podía... No podía quedarse. Pero tal vez algún día volviese. En aquel momento, lo deseaba con toda la fuerza de su corazón, sin saber, empero, qué era lo que sentía por aquella muchacha. Pidió con fervor a sus dioses que su deseo se cumpliese; era la primera vez que pronunciaba los nombres de las deidades de su pueblo para rogarles algo, y sería también la última, probablemente.

Dos días después, partía hacia las estrellas en una pequeña nave mercante venida de Dephar II; sus depósitos de carga estaban repletos de carne congelada. Toneladas y toneladas de sabrosa carne, cuyo destino era Dephar. Y también lo llevaban a él como único y excepcional pasajero, gracias a la amistad del venerable Yoon y el capitán de aquella nave. Sólo ellos, y los demás tripulantes, sabían que iba allí.

No se despidió de Ylsis, pero sí pensó en ella al marchar.

CAPÍTULO IV

¿Cómo comenzó esta historia? ¿Cómo comenzó su historia?

Cada vez que las preguntas asaltaban su cerebro, intentaba desesperadamente olvidar, dejar la mente en blanco para no revivir de nuevo la tragedia que fue el principio de todo. Una tragedia que marcó su vida. Una tragedia que emponzoñó de odio su alma.

Incluso ahora, cuando los recuerdos parecían tan lejanos que se difuminaban en la bruma del subconsciente, cuando el paso de los años había templado su sangre y madurado el cuerpo y ya no era el muchacho sediento de venganza en que lo convirtieron, cada momento de aquel día aciago permanecía corno un fotograma inmóvil delante de sus ojos. Sin pensarlo, en ellos se recreaba para

alimentar su odio, sus ansias irracionales de revanchismo y venganza. Juró pagar cada muerte, cada gota de sangre derramada, y con ese juramento vivía.

El Imperio...

Fueron ellos; sus soldados, sus naves... El propio Señor Graak... Asesinos todos en mil mundos conquistados por la fuerza. Pero, después de todo, así se construyen todos los imperios: con sangre, con violencia... Aquél no era una excepción.

Ipshire cayó ante la ambición del Señor de Graark, emperador de un millón de soles, único soberano de seres y planetas no concebibles ni por la más fértil de las imaginaciones. La conquista fue tan rápida como inesperada y sangrienta, y pronto el suelo todo de aquel pacífico planeta se tiñó de rojo y gris, los colores de la muerte y la destrucción. Millones de seres humanos vieron brutalmente cortadas sus vidas en cuestión de escasos segundos, y en unas horas el Imperio vio aumentado su poder y gloria, ya de por sí casi infinitos.

Sus padres también murieron.

Ya entonces él era un gran cazador, como su padre.

Había quien aseguraba que con el tiempo sería el mejor, el que cazaría a las mayores bestias que campaban por el planeta, e incluso a las de fuera de él. Pero eso fue antes de que el Imperio llegase...

Seguía siendo un cazador, sí.

Y esta vez la presa era la mayor imaginable; una bestia colosal, de proporciones cósmicas, tan grande y poderosa que parecía imposible su destrucción: el propio Imperio... Pero lo intentaría, aunque perdiese la vida en ello. Lucharía con todo el odio que encerraba en su interior contra el omnipotente Señor de Graark hasta que uno de los dos muriese, como había luchado durante todos aquellos años, siempre con el mismo propósito, con el mismo objetivo.

¡Dioses, como ansiaba destrozar con sus propias manos al emperador...! Sabía que matarlo a él era matar al Imperio...

Soñaba con ello cada noche.

* * *

El amanecer no vestía de oro y púrpura los cielos de aquel lejano, lejanísimo planeta. Sito en lo más profundo de los vastos

dominios imperiales, parecía más cerca de las estrellas de lo que pudiera estarlo cualquier otro de los infinitos mundos que vagaban sin rumbo en la eterna negrura celeste, pues su atmósfera era tan pura y cristalina que podían verse tanto de día, acompañadas por dos grandes soles gemelos, rutilantes y dorados, como de noche, destellando frías, inmutables y distantes como altivas diosas con ojos de fuego. Los astros brillaban siempre altos en el firmamento, continuando su lenta procesión cósmica. Un espectáculo maravilloso, incomparable.

El primero de los soles aparecía ya en el horizonte, un cegador disco dorado que hacía palidecer a los restantes astros. No había nimbos rosados y sangrientos, ni claridad azulada flotando en las alturas. Estrellas y constelaciones; nebulosas y galaxias; todo seguía allí, parpadeando unas, girando las otras en silencio. En el conmovedor e inalterable silencio del Cosmos.

Oobe contemplaba todo aquello desde el hueco circular de una ventana, abierta en una de las blancas torres de piedra de Kanma, auténtico corazón del pequeño mundo donde se encontraba. Maravilla y grandeza; allá donde miraba sólo encontraba edificios de fábula; gárgolas, relieves y filigranas en la piedra multicolor, todo ello cubierto con los velos de sombra que ya el sol naciente apartaba con mano temblorosa. Una ciudad adecuada para aquel planeta fantástico. Parecía salida de antiguas leyendas ya casi olvidadas. Como los desoladores desiertos que la rodeban. Desiertos que parecían interminables, fatales, y que se extendían amenazadores más allá de sus murallas; pero en realidad no debían ser tan terribles, cuando allí seguía Kanma, alegre, risueña, ignorante de los peligros que podían existir al otro lado.

Era la primera vez que el valiente Oobe pisaba las gloriosas y míticas baldosas adornadas con infinitas escenas heróicas que cubrían el suelo reseco en las calles de Kanma. Abajo, a varios metros de distancia de la torre, en aquellas mismas calles, hombres y mujeres de llamativas vestiduras llenaban de vida la ciudad. Kanma despertaba, cuando él ni siquiera había dormido en toda la noche, en toda aquella largísima noche siempre tachonada de estrellas. Le pareció injusto en ese mismo momento, pero en seguida olvidó sus propios pensamientos, interesado en todo lo que veía. Su rostro, empero, no reflejaba nada; ni siquiera cuando sus ojos se posaban en

las hermosas mujeres que pasaban bajo la torre, o en las extrañas pero bellísimas aves que recorrían los cielos, siempre dando vueltas en torno a la ciudad.

Se volvió en medio de suave murmullo de sus ropas rozando las piedras del muro. Apoyó los codos en la ventana, mientras sus ojos glaucos recorrían la estancia, los escudos de armas en la austeridad gris de las paredes, sólo en parte cubierta por un par de cortinas rojas; en una de ellas, un rayo de sol juguetón parecía devolverle la mirada desde la sedosa tela. Eran los únicos adornos que albergaban. Un escritorio plateado flotaba muy cerca de él. Asientos antigravedad, metálicos, confortables, pero vacíos. Había más seres en el silencioso aposento, tan callados y taciturnos como Oobe.

El era un humanoide de cabellos suaves y rojizos y piel pálida. Delgado. Muy delgado, casi esquelético. Y alto. Altísimo. Sus ropas aún lo hacían más enorme, gigantesco. Tenía los labios finos, el rostro afilado y huesudo, las cejas hirsutas y picudas, lIameantes como fuegos fatuos en la penumbra. Oro en sus muñecas, y en los fantásticos bordados de su pecho. Un largo sable, de amplia cazoleta labrada con símbolos incomprensibles, descansaba a lo largo de su pierna, envainada su curva hoja. Miraba a los otros seres, tan raros o más que él, sin revelar emoción alguna, como si en realidad nada pudiese alterar su expresión hierática. Un pequeño y velludo homínido del Sistema Strah, salvaje y demasiado irascible, se llamaba Rraerg. Una criatura inhumana, espantosa sin duda para muchos, pero no para él, mitad lagarto y mitad sapo, que nunca podía ponerse de pie, que necesitaba un traductor personal en el cuello, pues era incapaz de vocalizar e iba siempre desnudo. Horrible ser, en verdad, pero noble y arrojado; su nombre era impronunciable, pero había quien, al referirse a él, le llamaba «La Oscura», pues, según decían, era hembra. Nadie podía saber si era verdad.

El cuarto necesitaba mención especial; no es que fuera más extraño que sus compañeros, pero sí más interesante. Oobe no conocía la historia del siempre colérico Rraerg, ni la de aquel batracio —por compararlo con algo— con escamas del que ni siquiera sabía el sexo; pero sí conocía la de aquel otro ser que se movía inquieto por la sala, como si se sintiera oprimido por aquellas cuatro paredes que lo rodeaban. Era Shoere-nibbay, un hombre-

pájaro de los escasos mundos habitables en la Nebulosa Kidri, pero además su soberano, su rey. Un soberano sin corona, porque el Imperio se la arrebató mucho, muchísimo tiempo atrás. Probablemente Oobe ni siquiera había nacido cuando eso ocurrió. Ahora quería recuperar su reino; moriría por él si era necesario. Lo observó mejor. Alas membranosas, susurrantes, gigantescas y tan negras como el resto de su cuerpo, formando parte de unos brazos que nada tenían de humanos; cabeza rapada, cráneo protuberante, apepinado, ojos redondos, sin párpados, rostro reseco, apergaminado, mandíbulas de cánido, con dientes realmente estremecedores... El resto de su cuerpo era humano, o tan humano como podía serio, mejor dicho. Un gigante alado, una sombra de muerte allí alzada. No supo por qué pensó eso, pero lo pensó.

Todos ellos eran paladines de una causa perdida.

Heraldos de la libertad donde ésta parecía no existir. Rebeldes: así los llamaban quienes estaban en el poder; así los llamaba el Imperio. Ellos, en cambio, decían de sí mismos que eran «libertadores». Ahora eran el reflejo de una derrota.

Se apartó de la ventana. La espada golpeó suavemente su muslo. Aunque su gesto era impenetrable, el fulgor de sus ojos revelaba la violenta cólera que anidaba en su alma. Aquella batalla... Perderla había sido un golpe muy duro. Y más las miles de bajas causadas durante la matanza; porque matanza fue, y no batalla. Tantos compañeros muertos, buenos amigos que ya sólo eran recuerdos... Bajó la mirada y se mesó los cabellos rojos. Su siniestra parecía una garra, fuertemente apretada en la empuñadura del sable, blanca como el mármol.

—No comprendo por qué estamos aquí —habló al fin, rompiendo el embrujado silencio del lugar con su voz gutural, con el acento de lejanas galaxias que flotaba en ella—. Es peligroso. Si nos descubren...

—Nuestro anfitrión debe tener sus motivos —replicó el misterioso ser de indecible nombre mediante el traductor electrónico que colgaba de su cuello. Fue una voz metálica, monocorde, la que surgió—; si no, no habría requerido nuestra presencia.

—Y en cuanto a lo del peligro —rugió más que habló, pues rugidos parecían y no palabras, el pequeño Rraerg, volviéndose hacia Oobe y mostrando los impresionantes caninos en una fiera

sonrisa—, ¿acaso hacemos algo que no sea peligroso? Cada paso que damos puede ser un paso hacia la muerte. Este es uno más...

Un momento de silencio. Corto. Muy corto. Después, el que dejó oír su voz fue Shoere-nibbay. Oobe sintió un escalofrío. Susurros ultra terrenos, como llegados de desconocidas dimensiones donde sólo reinaban las sombras. Tenía las alas plegadas, envolviendo su desgarbado cuerpo como una larguísima capa negra.

—¿Y si esto fuese una trampa? Ese hombre, Nadraki... dice ser nuestro amigo, apoyar nuestra causa. Pero, ¿no es cierto que también es un sicario del Imperio? Gobernador de Gorondo... Si quisiera, podría acabar con nosotros.

Pese a sus palabras, parecía tranquilo, erguido en toda su colosal estatura en medio de la sala. Sin embargo, nadie podía asegurarlo con certeza. Para Oobe, aquel rostro oscuro era un enigma.

—Si quisiera...

—Estamos en sus manos, y lo sabe —siguió diciendo, con la misma frialdad con que podría recitar una coordenada espacial—. Podría ocurrírsele que ganaría más traicionándonos. Si lo hiciera, sería nuestro fin.

—Son palabras duras, majestad —acusó Oobe con seco acento—. E insultantes. Nadraki no es sólo un fiel aliado; también es un amigo. Nos ha ayudado más de lo que nunca podríamos pagarle, y mil veces ha demostrado su lealtad a nuestra lucha. Tales acusaciones son una ofensa de la que exigiría reparación si no fuéramos necesarios ambos en los tiempos que han de venir.

—No estaba en mi ánimo de ofender —los ojos enrojecidos y malignos de la espectral criatura se posaron en él—. Pido excusas si lo hice. Sin embargo, permíteme que siga desconfiando de esta sospechosa entrevista.

—Todos desconfiamos —intervino Rraerg con un gruñido. Oobe se percató de que también él parecía nervioso. Su velluda zarpa se crispaba muy cerca de donde colgaba su arma, un proyector de luz sólida. Pero eso en su pequeño y belicoso amigo era más bien una característica siempre presente—. Y lo mismo te pasa a ti, amigo mío. Estamos irritados, demasiado nerviosos para confiar siquiera en nosotros mismos después de lo sucedido.

—Entonces, tranquilicémonos y esperemos... —el pelirrojo asintió y soltó la empuñadura del sable—. ¡Por todos los demonios

del Cosmos!, ¿dónde estará Nadraki? ¿Por qué tarda tanto?

No volvieron a hablar. En lugar de eso, se enfrascaron todos en sus propios y terribles pensamientos, esperando al anfitrión, el hombre que gobernaba Kanma bajo la mano protectora pero implacable del Imperio. Un aliado. Sí, Rraerg tenía razón: estaban nerviosos, enfurecidos, heridos en el alma; sentían en sus carnes la derrota como un cuchillo que nadie podría sacarles, que seguiría allí hasta que ellos mismos tuvieran la fuerza y el coraje suficientes para librarse de él. No conseguían nada volviéndose unos contra otros.

Pasaron varios minutos y Nadraki, el gordo y bigotudo Nadraki, entró en el austero aposento. Verlo serenó a los presentes, incluso al hermético hombre-ave de Kidri. Tronó su afable voz, como si no le importase que lo oyesen todos en palacio. Tenía una sorpresa para ellos. La tensión volvió, pero él no se dio cuenta de que las manos se posaban en las armas. Una sombra se movía tras su pesado y aristocrático corpachón. Una sombra que a ojos de los cuatro seres allí reunidos se le antojó amenazadora. ¿Todos creían que había muerto, verdad? Pues se equivocaban. Pero, bueno, ¿es que habían visto un fantasma?

CAPÍTULO V

—¡Arkan!

Pasado el primer momento de estupor e incredulidad, la esperanza se convirtió en certeza. Era cierto:

Arkan estaba allí, vivo, sano. No era una emboscada, ni una vil traición, sino Arkan B'aa-shi, un compañero, un amigo al que creían muerto. El primero en reaccionar fue Oobe, que se abalanzó para abrazar efusivamente al recién llegado. No podía creerlo, pero era material y no una sombra, una engañosa ilusión. Su gran amigo, su hermano del alma... Después, Rraerg saltó sobre él y se agarró a su cuello, ronroneando de satisfacción, cosa poco habitual en él; dijo algo en su idioma nativo y soltó un feroz grito de batalla que retumbó en las paredes. Los demás miraban, ya repuestos de la sorpresa. Ni Shoere-nibbay ni su misterioso aliado escamoso eran seres de sangre tan caliente como sus camaradas mamíferos.

—Por favor, amigos... Por favor... Pueden oímos... La súplica del

gobernador de Gorondo les hizo callar y recordar lo cerca que estaban siempre de acabar delante de un pelotón de ejecución. Disimularon su profunda alegría tras una máscara de cautela, mientras Nadraki cerraba tras ellos la pesada puerta de oscura madera y plata. Quedaron aislados del resto de la edificación, con aquella ventana redonda como único contacto con el mundo, con el sol que seguía elevándose en el cielo estrellado y llenando de luz la estancia.

—Pero, ¿cómo es posible? Te dábamos por muerto.

Apenas hubo supervivientes en Dha'air, y todos ellos deben estar pudriéndose en las cárceles de Graark, o siendo despellejados en las cámaras de tortura del propio emperador...

—A mí es más difícil matarme —rió él.

—Nos alegramos de volver a verte... vivo, amigo —articuló la voz metálica de «La Oscura»—. Te echábamos de menos. Ahora podremos unir de nuevo nuestras fuerzas y continuar luchando.

—Por eso he vuelto —susurró enigmática mente, como para sí mismo, pero todos lo oyeron—: para seguir luchando.

—Y nosotros estaremos a tu lado, no lo dudes —sentenció con una dura sonrisa el pelirrojo Oobe.

—¡Esto merece más que unos cuantos abrazos!

—Rraerg soltó una atronadora carcajada—. ¡Por lo dioses del vacío, cuando solgamos de Gorondo me emborracharé a tu salud! ¡Ya lo creo que lo haré!

—Beberemos juntos, mi peludo amigo.

Siguieron a esto las explicaciones. Hacía pocos días que había llegado a Gorondo y no conocía lo sucedido durante el tiempo que estuvo ausente. Más revueltas, levantamientos... El Imperio se tambaleaba, pese a todos sus esfuerzos por mantenerse en pie. Los planetas fronterizos, los que sentían menos férrea la garra del Imperio por la distancia, se habían alzado; la represión en algunos fue brutal: eran incontables los muertos:

Tifossy, Abbata y WaeIl III ahora sólo eran polvo cósmico, pedruscos dispersos. Horrible. Tenía noticias sobre una posible guerra con los Mundos Libres de Ordai, ¿era cierto?

—Me temo que sí, Arkan —asintió Nadraki, nublado el rostro—. La ambición del Señor de Graark no tiene límites, y eso será la perdición de toda la gloria que una vez tuvo el Imperio. Sus tropas

invadieron GaIta, uno de los Mundos Libres. Ahora, esperamos las consecuencias, y si la guerra entre Ordai y el Imperio estalla, puede convertirse en el final de ambos.

—Dejemos entonces que se destrocen mutuamente —fue el comentario de Shoere-nibbay—. Sería nuestra oportunidad.

—¿Y las vidas? Luchamos por la libertad, por el respeto a la vida, por todos los mundos oprimidos... Tenemos una deuda con ellos, y no podemos dejar que los vuelen en pedazos por la insanía de un solo ser.

—¿Y cómo podremos evitarlo? Nuestras tropas están diezmadas, apenas disponemos de material y la moral ha bajado entre nuestros hombres... Si hubiésemos controlado la situación en Dha'ari... Pero no tuvimos tiempo para consolidar nuestras posiciones. Bastante haremos si logramos que no nos descubran, maldita sea...

—Ahora es cuando debemos golpear —sonrió sin humor Arkan B'aa-shi—. Ahora que nos creen indefensos.

—¿Cómo? ¿Sin armas, sin hombres ... ?

—Las guerras no sólo se ganan con batallas, amigo Oobe. Hay... otras formas...

* * *

El regreso de Arkan B'aa-shi contribuyó a crear un nuevo ardor entre las filas rebeldes, que muy pronto hicieron de él su líder incuestionable. Nadie se opuso a ese liderazgo, no sólo porque era necesario un jefe, alguien a quien seguir y que encarnase los ideales de la causa que todos defendían, que se convirtiese en leyenda viva, sino porque él era el adecuado. Nadraki, en las sombras, no podía ser ese líder; Shoere-nibbay no ambicionaba tal honor, y ni Rraerg ni el ser llamado «La Oscura» tenían suficiente carisma; Oobe, por su parte, era capaz de dar la vida por su hermano rubio. No había nadie más que pudiera competir con él: ni generales, ni los políticos que por una u otra razón financiaban la insurrección en secreto... Arkan B'aashi era esa leyenda que todos esperaban.

Terminada la cumbre que reunió a todos los cabecillas de rebelión en Kanma, se forjaron los planes para los nuevos ataques a las fuerzas imperiales. Ataques basados en la rapidez y la sorpresa, en audaces golpes de mano que causaban daños importantes, como

puede hacerlo el persistente picoteo de un pajarillo en la gruesa piel de un elefante. Eso hacían: picar y huir, sin descanso, aquí y allá, donde menos se les esperaba. Piratería, robo, destrucción sin piedad en astropuertos, instalaciones científicas, complejos industriales... Incluso en bases militares. Nada parecía asustarlos, y causaron más quebraderos de cabeza a los altos mandos imperiales en pocas jornadas que la masiva tropa estelar que consiguió cercar durante días el Sistema Dha' ari. Y con los éxitos, el arrojo llegó a convertirse en auténtica temeridad, exaltados los ánimos de los rebeldes.

Mientras, Ordai declaraba la guerra a Graark. Eran las postrimerías de la Era de la Serpiente. La Alianza defendía los derechos de los planetas que un día ya muy lejano en el tiempo firmaron amistad y ayuda eterna. La ofensiva empezó con cruentas batallas en los mundos conquistados. El Imperio tenía que enfrentarse en dos frentes, contra dos enemigos igual de molestos. Enemigos de fuera... y de dentro...

Enemigos que tal vez, en el fondo, fueran uno sólo.

* * *

Luxura, la Isla del Placer.

Había mucha leyenda escrita en torno a aquella pequeña isla casi perdida en las tranquilas aguas de los Mares del Norte de Aberak, un planeta pacífico y temeroso del Imperio, cuya principal actividad era el comercio. Mucha gente odiaba Luxura; era lo único que rompía la tranquilidad, la cómoda monotonía de aquel sencillo y aburrido mundo. Si hubiesen podido, haría ya tiempo que no habrían quedado ni los escombros de sus fantásticas construcciones. Pero estaba demasiado lejos de tierra firme, y eran muchos los peligros que acechaban en las aguas. Así, Luxura seguía, ajena a las ácidas críticas de los habitantes de Aberak y ofreciendo sus maravillas a los extranjeros. Maravillas carnales que la habían hecho famosa entre los viajeros del espacio, siempre sedientos de placeres que no podrían encontrar más que en Luxura.

Se decía que el mismísimo emperador visitaba a veces la isla. Nadie sabía si era o no verdad, pero posible sí que era. En todo caso, allí estaba el rumor, nacido de labios inconcretos y extendiéndose como la peste, silenciosa y rápidamente. Era tan convincente, que

todos creían, aunque no se atreviesen a jurarlo en voz alta, por temor a sus vidas.

La guerra era como uno de esos molestos e inquietantes insectos cuyos zumbidos oímos en la oscuridad pero a los que nunca se ve. Las batallas se producían muy, muy lejos. En Luxura sólo era un comentario que alguien había hecho de pasada. Allí continuaba la vida; una vida intensa, sin duda, de la que se disfrutaba insaciablemente, sin descanso. Las olas batían los riscos una y otra vez, agitando sus coronas de espuma; el viento marino, cargado de yodo y sal, movía la exótica vegetación en una loca danza; se oían los chillidos metálicos de las aves, ocultas a los ojos de intrusos.

Dos eran los seres que habían desembarcado en la isla; por eso las aves no elevaban el vuelo en busca de presas a las que cazar. Llegaron en un vehículo antigravedad, flotando a pocos metros del ondulante manto azul-verdoso que era el mar, lo dejaron en tierra y caminaron después. Sobre las copas de los desconocidos árboles, brillaba un gran arco de plata que reconocieron en seguida. No dudaron en dirigir hacia allí sus pasos. Vestían lujosamente, con sedas, brocados de oro y plata y gemas en sus brazaletes, y ocultaban sus rostros por completo con grises capuchas de estameña, así como sus hombros, por los que caía una larga capa del mismo material. Sus facciones eran irreconocibles tras las sombras.

Al otro lado del espeso muro selvático, casi oculto entre enormes helechos y una masa increíble de plantas jamás vistas por aquellos seres, estaba el templo de Luxura. Llegar a él resultó difícil; la fronda era tan densa que a veces parecía imposible pasar a través de ella. Tal vez hubiese sido mejor usar el vehículo, pero no se quejaron por ello. Tenían un motivo. Como había motivos para que aquel lugar estuviese tan escondido y fuese complicado su acceso: el misterio, la propia leyenda de Luxura, a la que siempre fue difícil encontrar, pero en cuyo interior esperaban las más dulces mieles del Universo, placeres ni siquiera sospechados para los que no iban a ella.

Edificios de mármol blanco, de poca altura pero bellísimos, una arquitectura muerta millones de años antes en algún mundo cuyo nombre ya nadie recordaba y que ahora se emulaba con imposible exactitud, columnas con figura de hombre desnudo, escalones de mármol, jardines que salpicaban de color la blancura inmaculada de

la ciudad… Vieron eso, y mucho más: orgías en las calles, donde machos y hembras de multitud de razas hacían el amor sin freno, abundante comida y bebida corriendo de boca en boca, sexo y lujuria en todas sus formas. Sin embargo, no parecieron sorprendidos cuando entraron en el templo. Voces ininteligibles los rodeaban; había risas, jadeos, gritos alegres. Una mujer desnuda de piel lechosa se arrastró por el suelo suplicando algo con voz ardiente y se abrazó con sus cuatro brazos a la piernas de uno de ellos. Se libró como pudo y siguieron su camino entre el crisol, de especies inteligentes que lo llenaban todo. Nadie se inhibió al verlos. Ni siquiera llamaron la atención. La bacanal seguía. Había música en alguna parte. Una música extraña, excitante. Eso era Luxura.

Cuando entraron en uno de los edificios, dos muchachas desnudas de muy diferentes razas, humanoides ambas y muy hermosas, los esperaban. No hablaron; hicieron una reverencia e indicaron con el gesto que las siguieran. También ellas parecían de mármol, como los techos, las paredes… Mármol vibrante y duro, moviéndose con insinuante sensualidad. Les rodeó el encanto de civilizaciones perdidas, las maravillas de otros tiempos, mezcladas con los modernos adelantos técnicos y muestras de un arte acorde al lugar, con estatuas representando escenas eróticas, enormes falos de bronce sobre pedestales, pinturas que sin duda algunos calificarían de obscenas… Tras las sombras de su capucha, uno de los recién llegados sonrió.

La propietaria de todo aquello estaba allí, recostada en un diván de oro labrado y piedras preciosas, entre pieles de animales exóticos, semidesnuda y casi dormida. Una copa había resbalado de sus dedos y manchado una de las pieles con el líquido que contenía. No era humana, aunque lo pareciese, ni tampoco tan joven como su aspecto aparentaba; sin embargo, su edad no importaba mucho; cualquiera podía olvidarla contemplando su cuerpo delgado y perfecto, su piel tersa y cálida, los muslos que se abrían invitadores… En el mismo salón, enormes guerreros gorani protegían a su señora, empuñando gigantescas espadas curvas y con armas aún más mortíferas en las cinturas. Vigilaban silenciosos, escrutadores, rodeando a la mujer, y dirigieron heladas miradas a los encapuchados cuando se acercaron. Iban armados: uno llevaba un puñal en su cinto, y el otro un largo sable.

Torpemente, la mujer abrió los ojos y se sentó con dificultad. Observó a los encapuchados con el alcohol empañando su mirada. Tenía la voz ronca y pastosa, y al hablar lo hizo con brusquedad, dándoles la bienvenida a Luxura. Podían disfrutar de cuanto les ofrecía la Isla del Placer; sólo tenían que pedirlo... y pagar después, por supuesto. ¿Deseaban algo especial?

—Señora, hemos oído —contestó uno de ellos, el más bajo, en el idioma oficial del Imperio— que aquí podríamos encontrar a una mujer llamada Dariwi, de la que cuentan auténticas maravillas. Desearíamos... conocer a esa mujer, si fuera posible.

—¿Los dos...?

—Sí.

Ella asintió con un bufido. Hizo un gesto a las dos muchachas desnudas y ordenó que los llevasen hasta Dariwi y que ésta los atendiese como merecían. Así era Luxura: allí valía todo, desde las más extrañas sofisticaciones del sexo hasta las más degradadas formas de placer, por increíbles que parecieran. El cliente decidía, y no había más leyes que la palabra de aquella mujer que de nuevo se tendía voluptuosa en el diván, olvidándose de ellos.

Los condujeron hasta una cámara en el interior del edificio, en uno de sus pisos altos, desde cuyas ventanas podía verse toda la parte norte de la ciudad; era algo así como un gran dormitorio, decorado con una delicadeza que no existía en el resto del templo. Quedaron solos durante algunos minutos, y ninguno de ellos se desvistió durante la espera, permaneciendo en pie todo el rato y sin pronunciar una sola palabra; tampoco se libraron de las capuchas. Después, entró Dariwi, la hermosísima y felina Dariwi, una criatura humana agradable, de cabellos negro azulados y ojos inmensos, cubierta su total desnudez por velos transparentes que no ocultaban absolutamente nada. Se arrodilló ante ellos diciendo:

—Mis señores, soy vuestra...

Y procedió a librarse de los velos, que cayeron al suelo con un susurro aleteante. Quedó desnuda, su piel dorada prometiendo goces inenarrables para el que se atreviera a acariciarla. Y fue una mano enguantada quien lo hizo. Una mano con cinco dedos, como las suyas, que se posó en su hombro, apretándolo. Al alzar la cabeza, vio como su cliente se quitaba la capucha. Sus ojos se abrieron con el impactó de la sorpresa, y cuando ya comenzaba a abrir los labios,

otra mano cubrió su boca. Por encima de la piel negra del guante, los ojos seguían muy abiertos, fijas las irisadas pupilas en el rostro ahora libre de sombras.

— No digas nada, Dariwi —silabeó a pocos centímetros de ella una voz dura pero tierna a la vez—. No pronuncies mi nombre. Podría ser mi fin... y el tuyo.

Hubo un instante de pesado silencio. Dariwi cabeceó con lentitud, como si le costara admitir la realidad. ¿Arkan B'aa-shi? Sí, no podía ser otro; era él, estaba segura. Los dedos enguantados dejaron de apretar sus mejillas y volvieron a sus hombros. No intentó levantarse. El hombre también se había inclinado, y se miraban a los ojos.

—Has vuelto...

—Siempre vuelvo, Dariwi, deberías saberlo —sonrió, incorporándose y obligándola a ella con suavidad—. La última vez fue porque me necesitabas. Ahora, en cambio, es porque yo te necesito...

Dariwi bajó la mirada y su boca reveló lo que sentía al formar una sonrisa. Te necesito... Era la primera vez que oía pronunciar esa frase a aquel gigante rubio al que ella, mucho tiempo atrás, solía llamar «hermano», aunque no lo fuese. En realidad, fueron amantes en su juventud, siendo sólo unos críos, cuando ambos vagaban de mundo en mundo en busca de sus destinos. Ahora volvían a encontrarse, y él le pedía ayuda. No había ya amor entre ellos, pero sí una mutua deuda de gratitud. ¿Qué podía hacer sino dar incluso la vida si él lo pidiera, pese a que sabía lo que era, lo que significaba su presencia allí...?

—Haré lo que quieras —respondió—. Sólo dímelo...

—Buena chica. Mira, aquí ha venido alguien que se hace llamar Kaishiff. Debe llevar ya algunos días aquí. No sé qué aspecto tiene, ni a qué raza pertenece; sólo que ha venido a Luxura. Tú puedes encontrarlo y traerlo a nuestra presencia sin levantar sospechas. ¿Lo harás?

Miró al personaje que acompañaba a Arkan. Silencioso, ni siquiera parecía escuchar lo que decían los antiguos amantes. Su estatura superaba con mucho la de su rubio compañero; era un auténtico coloso; su siniestra se apoyaba indolente en la finamente labrada cazoleta de su sable, por debajo de la capa gris. Ella afirmó

con la cabeza, segura ya de la traición que cometía pero sin dudar en hacerlo, y salió. Arkan y Oobe no quitaron los ojos de las puertas cerradas, tensos y expectantes, mientras pasaban lentos los minutos.

—¿Por qué en Luxura, amigo mío?

—Porque es el único lugar que conozco donde a nadie le importa lo que hagan los demás, mientras a ellos los dejen en paz —contestó Arkan, sin volverse—. Y por que está en Aberak, un lugar donde nunca pasa nada. No es la primera vez que vengo aquí, y conozco esto.

—Espero que no estés equivocado.

—No lo estoy.

Volvíó Dariwi. Junto a ella, otro ser humano, al que la mujer presentó como Kaishiff, al mismo individuo al que debía buscar. Arkan comprendió al instante que tampoco él era humano, sino un mutante, una criatura capaz de alterar su forma a voluntad. Aquella figura era sólo un disfraz, una hábil máscara que le permitía pasar desapercibido.

¿ARKAN B'AA-SHI?

No se alteró su gesto. Telepatía. Mejor. SI, SOY yo. ¿LORD KAISHIFF?

Respuesta afirmativa. Miró a Dariwi.

—Sal, mujer. Y tú también, camarada. Vigila en el exterior, pues nadie debe interrumpimos. El destino de miles de mundos está en nuestras manos.

Obedecieron ambos, abandonando la alcoba. Dentro quedaron los dos humanos. Oobe se colocó ante la puerta cerrada, con la huesuda diestra empuñando la espada envainada. La mujer, desnuda todavía, lo miraba y después sus ojos iban hacia la puerta.

El destino de miles de mundos, había dicho. No, era mejor no saberlo, no recordar ni una sola de las palabras de Arkan; no recordar siquiera que existía. La curiosidad a veces puede ser peligrosa y ella no quería problemas ni con los rebeldes ni con el Imperio. Apartó la mirada de la puerta y observó la sala donde estaban, las otras puertas que daban a más habitaciones, la mayoría de ellas ocupadas. Todo parecía silencioso. Dariwi sabía que era una ilusión provocada por la insonoridad de las paredes; había ruidos tras aquellas puertas, los ruidos a los que ya uno lograba acostumbrarse en Luxura.

El siniestro gigante de capa gris y lujosos ropajes era como una oscura estatua, inmóvil y vigilante frente a aquella puerta. Tras las sombras que ocultaban su rostro, casi podía advertir el brillo de unos ojos endurecidos recorriéndolo todo. Se dirigió hacia un mueble, lo abrió y sacó una pequeña ánfora decorada con vivos colores y copas de plata.

—¿Queréis, señor?

El gigante asintió. Ella escanció la bebida y le tendió una copa, que Oobe cogió con la mano izquierda, pero no bebió hasta que lo hizo Dariwi. Cuando lo hizo, ella sólo pudo ver su cuello y parte de la barbilla, y advertir la tremenda palidez de su piel.

Una puerta se abrió a su izquierda. Oobe sacó a medias la espada, sobresaltado, tenso cada músculo; pero sólo era un cliente que salía totalmente desnudo para remojar su feo cuello verde bilioso. Regresó por donde vino, sin mirarlos siquiera, y Oobe hizo un esfuerzo para relajarse, bebiendo otra vez. Dariwi se había apartado, asustada por el brillo del acero.

—¿Sois... amigo de Arkan? —se atrevió a preguntar pasado un rato, cuando ya ambos habían vaciado sus copas.

—Sí.

Fue lo único que dijo hasta que Arkan les franqueó de nuevo la entrada, minutos más tarde. Dariwi dudó, pero Arkan le ordenó que entrase y obedeció. Tenía que haberse alegrado por volver a ver a su primer y más viejo amor; habían pasado muy buenos ratos juntos, riendo, llorando a veces... Pero ahora tenía miedo. Si no hubiese venido con aquel... Si el motivo de su visita fuera ella... Tal vez en el fondo todavía le quería.

Sabía del odio que abrasaba su alma. Ella muchas veces suavizó aquella llama infernal con sus caricias, pero nunca consiguió apagarla, y el muchacho herido de dolor que ella conociera se había convertido en un hombre obsesionado, un ser ebrio de violencia y rencor. Le daba miedo... y pena. Pero no podía decírselo; debía sonreír en su presencia, como la prostituta complaciente que era, y fingir una alegría que no sentía.

El extraño personaje llamado Kaishiff tenía ahora las ropas de Arkan. Se habían intercambiado mutuamente las vestiduras, y lo único suyo que tenía el cazador ipshirano era su corta daga. Oobe se acercó a él, preguntándole algo, pero no respondió. Miraba de reojo

a la bella Dariwi, que comenzaba a cubrirse de nuevo con los velos transparentes. Le dijo que acompañase a lord Kaishiff y saliesen de Luxura. Oobe protestó, pero no consiguió nada. El mutante se despidió con un curioso saludo marcial, sin hablar en ningún momento, y marchó escoltado por un airado guerrero de piel pálida. Dariwi y Arkan B'aa-shi quedaron solos.

—¿Por qué no te has ido con ellos?

—Porque quería estar contigo —sonrió, y se sentó en el cómodo lecho que ocupaba la alcoba. Pensó en Ylsis, y en la mujer que tenía delante; terciopelo y seda; tan parecidas, y tan diferentes—. No me traicionarás, ¿verdad?

—¿Serías capaz de matarme si te dijese que sí? Había exóticos perfumes en el aire, perfumes que estaban en las sábanas de la cama, en las flores que adornaban los muebles y paredes, en la piel de la mujer...

—No.

Dariwi se sintió feliz por vez primera. El odio aún no había devorado su corazón.

—Yo tampoco podría traicionarte. Significaste mucho en mi vida. Demasiado.

—Puedes venir conmigo y…

—No, hermano —negó ella con la cabeza, acercándose a la puerta—. Aquello terminó... para siempre. Es mejor así, créelo. Adiós, Arkan, que los dioses guíen tus pasos.

Fue la última vez que la vio, y cuando abandonó Luxura sabía que así sería. Se sentía mal, muy mal. Derrotado, a pesar de su triunfo. Y mientras cruzaba la densa jungla se preguntaba si valía la pena.

El sol caía por occidente cuando llegó al lugar donde esperaba su amigo y compañero Oobe, junto al vehículo posado en la arena. El mutante se había marchado, «esfumándose», según Oobe, y éste parecía muy interesado por la entrevista que había sostenido. ¿Qué había sucedido...? ¿Llegaron a algún acuerdo? El mar entonaba tristes canciones al atardecer, y una brisa juguetona parecía burlarse de su secreta melancolía agitando un mechón dorado de su frente.

—Sí, amigo —le hablaba al viento, pero Oobe creyó que era a él —. Luxura será el puñal que atraviese el corazón del Imperio. La verdadera caza empieza ahora...

* * *

—¿Por qué no sonríes, Nadraki? Ordai es ya nuestro aliado, y nuestra fuerza es mayor que nunca, como nuestra voluntad de vencer. Tenemos armas, deseos de combatir... y una poderosa flota estelar a nuestras espaldas.

—Esa flota está muy lejos, y enfrentada a las avanzadillas del Imperio en el propio territorio de la Alianza...

—Desde dentro y desde fuera, venceremos. El Imperio está agotado por tantas guerras de conquista. Desde que Jamarah subió al poder, no ha dejado descansar a sus tropas y su fuerza de combate se debilita más y más. Y ahora se enfrenta a un verdadero enemigo, alguien que puede responderle con el mismo ímpetu. Un enemigo unido, mientras que el Imperio se divide. Nosotros somos la prueba de esa división; cada vez tenemos más partidarios, gente que quiere luchar a nuestro lado; crecemos, y el Imperio se encoge.

—Entonces, ¿por qué pedimos ayuda?, ¿por qué nos arrastramos ante otros? Tal vez estamos vendiendo nuestras almas a un nuevo diablo, Arkan.

—Mi enemigo es el Imperio.

—¡Maldita sea, Arkan! Nuestro enemigo es un tirano loco, no el Imperio...

—Mi enemigo es el Imperio.

SEGUNDA PARTE
MUNDO-HOGAR

CAPÍTULO PRIMERO

Pasó un año entero. Un año que para algunos fue más y para otros menos —el tiempo significa muy poco para los que recorren una y otra vez la negrura estelar, y es muy difícil de medir sin un sol que derrame su luz sobre el horizonte cada día—. Un año lleno de batallas en las siempre efímeras fronteras imperiales, que vieron derrotas y victorias para ambos contendientes, pero que no se

resolvió a favor de ningún bando. No hubo gloria para ninguno, y sí muertes. La Alianza de Ordai demostró ser un enemigo formidable: atacó con todo su valor, rechazó a los invasores y aguantó las represalias como pocos hicieron antes que ellos, ofreciendo al mismo tiempo su ayuda incondicional al movimiento rebelde que poco a poco minaba las entrañas del coloso cósmico, en un pacto que a ninguno gustaba, pero que ambos necesitaban.

Gaita quedó prácticamente arrasada tras tan largo periodo de continuos ataques. El Imperio mandó a todos los efectivos de su poderoso ejército de conquista a la zona de combate, y la guerra se recrudeció, pues Ordai respondió con todo su poder ofensivo. El espacio se llenaba con explosiones, con los haces de luz mortal, con las evoluciones de los gigantescos navíos de guerra en letal pugna. Y, mientras, la insurrección crecía, tal como asegurara Arkan B'aashi...

Varios planetas se rebelaron a la tiranía del Señor de Graark, entre ellos los que ya lo intentaron en otras ocasiones. Fue una conspiración bien tramada: con el esfuerzo militar desplegado en la lucha contra los Mundos Libres, la oposición fue mínima; y una vez superada, los refuerzos que siempre frustraban los planes de los planetas liberados nunca llegaban, o eran tan ínfimos que apenas servían para inquietar a los rebeldes. En Graark, el nerviosismo aumentaba, como aumentaba la furia del emperador y el valor de los que protestaban contra el duro régimen de Jamarah XIII de Barania. Las noticias eran cada vez más desalentadoras...

* * *

Miles de estrellas resplandecían como hermosos diamantes en la infinita oscuridad, inmóviles en apariencia pero moviéndose siempre lenta, muy lentamente para el ojo que intentase observarlas; a lo lejos, el brillante disco azul y oro de un planeta, cuyo nombre era sólo un montón de cifras relatando sus coordenadas en los mapas espaciales parecía un ojo flotando en medio de un rostro oscuro; más cerca, una enana blanca elevaba sus furiosas llamas, que como ramalazos de fuego nuclear se agitaban en silencio con dolorosos espasmos que tal vez algún día llevasen la vida hasta aquel sistema. Su luz hería con metálicos reflejos un cuerpo extraño, un objeto que

sólo podía ser obra de seres inteligentes. Una estación de vigilancia. No se movía; permanecía quieta en el vacío, sin dar señales de vida. Pero cualquiera que supiera lo que era, sabía también que su aspecto era engañoso, su inmovilidad tan sólo circunstancial.

Las estaciones de vigilancia constituían la base de la defensa militar del Imperio. Grotescas, monstruosas de tamaño y forma, su misión era pasar desapercibidas y vigilar los dominios imperiales, registrando cuanto sucediera en ellos y enviando la información al propio Mundo-Hogar, que adoptaría las medidas correspondientes según los acontecimientos. Eran los hilos de una gigantesca telaraña que comenzaba en el palacio de Nieve de Graark, la tradicional residencia de todos los emperadores desde hacia más de diez mil años.

Su estructura exterior era muy similar a la de una astronave de combate, aunque algo más pequeña y sin su siniestro porte. A pesar de todo, era impresionante. Planchas plateadas brillaban a la luz de las estrellas; los símbolos oficiales del Imperio destacaban en sus costados, en negro y rojo. Esperaba. Y su espera era callada, pasiva, siempre atenta a cuanto sucedía en rededor. Todos los complejos equipos de rastreo y detección estaban en marcha, los tripulantes en sus puestos, tranquilos pero siempre preparados para la alerta.

Sin embargo, no siempre se está preparado para todo. .

En algún lugar de la nave, algo sucedió de pronto, y las computadoras, demasiado ocupadas en la vigilancia externa, no lo detectaron. El aire mismo pareció estallar en ese lugar, pues una luz potentísima, cegadora, lo llenó todo. Las paredes curvas, las esferas de cristal rojo que brotaban de ellas, reflejaron durante unos instantes el fuego blanco que surgió de la Nada.

No hubo sonido. Nadie oyó nada. Y cuando la luz se extinguió, nuevas sombras surgieron allí donde antes no había nada. Sombras armadas, furtivas.

Fueron seis las figuras que, repentinamente, estaban allí, y todas ellas ataviadas con livianos trajes de vacío, cada uno diferente al otro que había a su lado. No se veían los rostros tras la negrura impenetrable de los cascos, donde se reflejaban las frías luces que iluminaban el lugar, pero sí las armas que empuñaban los dedos enguantados. Armas poderosas, ligeras pero destructivas, adoptando formas caprichosas según la mano que las tuviera, la mayoría

inhumanas; sus equipos de combate estaban completos y a punto para la acción.

Se miraron en silencio. No habían sido descubiertos.

Ninguna alarma ululaba desde las más profundas entrañas de la estación, ni las voces estereotipadas de las computadoras anunciaban su presencia. Aferraron con más fuerza sus armas. El silencio en torno era total, casi tan increíble como el del mismo espacio que se extendía infinito más allá de aquellas paredes, y, sin embargo, las figuras se comunicaban entre sí, en una longitud de onda muy corta, casi imposible de detectar a menos que los estuviesen buscando ex profeso. Cuando se movieron, lo hicieron todos al mismo tiempo, en la misma dirección, sin dudar y con las armas en ristre.

Arkan iba al frente del comando. Enfundado en plata y carmesí, con el casco ocultando su rubia cabeza y el pesado equipo a la espalda y en su cintura, parecía tan irreal, e incluso tan horrendo, como sus compañeros. Tan irreal como aquellas paredes curvas, como las columnas de oscuro metal que encontraban en su camino, tan semejantes a las ciclópeas lágrimas derramadas por dioses nunca vistos, que caían como chorros del frío metal y se esparcían luego por el suelo, como las alucinantes formas que adoptaba la tecnología por doquier… Todo digno de un sueño, de una fantasía no vivida y sí tan sólo soñada.

Pero no era un sueño, bien lo sabía él. También el Imperio hacía cosas bellas, y ésa era una de ellas, no cabía duda, pese a que el espíritu que la había creado fuera tan negro como los lóbregos pozos de cualquier infierno. Incluso la Muerte puede ocultarse tras una máscara de engañosa belleza, destinada a impresionar al incauto hasta que llegue el momento fatal.

Sus botas no hacían ruido en el suelo liso y espejeante. Se movían igual que fantasmas, pegados siempre a las paredes y tensos bajo los tejidos artificiales, Arkan en vanguardia y abriendo la marcha. Cada movimiento estaba previsto de antemano, planeado al detalle en una mesa de operaciones. Él y los suyos eran los que debían ejecutarlo, a cualquier precio, sabían que sería difícil, incluso era posible que suicida, pero no retrocedieron ante los riesgos.

Arkan se detuvo y ordenó a sus hombres que hiciesen lo mismo. Ante ellos, caminando abstraído y con la mirada fija en la pantalla

de una grabadora manual, donde desfilaban infinidad de cifras matemáticas e informes computados, un oficial científico de la estación se acercaba, ocultos e inmóviles como estaban, no los descubrió. Centelleó el acero en la diestra de Arkan al salir un corto machete de su funda en el cinturón, formando parte de sus pertrechos de combate. El oficial seguía acercándose peligrosamente. Alguien detrás dijo, con un susurro, pese a que era imposible que lo oyeran, que debían eliminarlo. Arkan sopesó el machete; no podía lanzarlo; si fallaba, el maldito imperial daría la alarma y su misión habría fracasado casi antes de empezar. El silencio en la acción era primordial. El silencio... y la rapidez que lo garantizaría. Prefirió esperar, aunque el riesgo de ser descubiertos era mayor.

Apareció delante del desafortunado guerrero científico con una rapidez que podía tener mucho de sobrenatural, y atacó con mayor rapidez aún, sin compasión, como debe hacer un auténtico cazador. La afilada hoja hendió la carne con facilidad, degollándolo mucho antes incluso de alzar la vista para saber quién era su asesino. Cuando se dio cuenta de lo que sucedía, ya estaba muerto y unos brazos poderosos lo sujetaban para que no hiciese ruido al caer. Su sangre era negruzca, tan espesa que brotó lentamente, como la resina en un árbol herido.

Reanudaron la marcha poco después, tras dejar el cadáver en un sitio donde fuera difícil hallarlo. Arkan examinó la grabadora con interés, intentando descifrar su contenido; desistió y se la entregó a uno de sus compañeros. Lo más inmediato era llegar al centro neurálgico de la estación, el auténtico corazón de aquella bestia metálica que flotaba a la deriva en el vacío.

Mientras avanzaban, Arkan B'aa-shi procuraba no pensar en los potentes sensores de que estaba dotada la estación; nadie esperaba un ataque: por eso las computadoras enfocaban sus aparatos hacia el exterior y no prestaban atención a sus propias paredes. Con ello contaba el comando rebelde. Pero si sólo por un instante los cerebros biónicos desviaban su atención hacia las lecturas internas...

Ocurrió, como era de esperar. Pero ocurrió tarde...

Las computadoras descubrieron la presencia de extraños en la estación y toda la dotación se puso en alerta de combate; sin embargo, ya estaban muy cerca de su objetivo. Aunque en inferior

número, el factor sorpresa estaba con los rebeldes, y el desconcierto de las tropas en servicio dentro de la estación sólo fue una ayuda más para los atacantes.

Nada más ponerse en rojo todas las luces en el complejo militar, los rebeldes supieron lo que sucedía y obraron en consecuencia; tres de ellos se separaron de los demás y marcharon en solitario hacia otros puntos, alejados todos ellos del objetivo real. Su misión era probablemente la más peligrosa: engañar y dividir a las fuerzas de choque imperiales hasta que los demás se hiciesen con el control de la estación. Arkan soltó un gruñido furioso cuando los vio alejarse hacia una muerte casi segura y aferró su rifle con las dos manos. No tardó en ordenar el ataque.

Ya salían soldados imperiales por todas partes, armados hasta los dientes; por fortuna, era la propia tripulación científica, y no los poderosos milicianos de negra armadura... todavía. Un muro de muerte los detuvo, destrozando sus cuerpos como si fuesen la blanda mantequilla. Los trazos luminosos lo cortaban todo: muros, máquinas, seres vivos...

Uno de los rebeldes cayó partido en dos por un disparo, pero los otros dos lograron pasar sobre un montón de cadáveres; olía a sangre, a entrañas abiertas, pero ninguno de los dos advertía el hedor, protegidos por el hermetismo absoluto de sus trajes, aunque podían adivinarlo. Arkan volvió a disparar y una cabeza que apenas entrevió por un instante voló hecha astillas de hueso, masa encefálica y sangre oscura. Ya veía el centro de mandos, a pocos metros. Los escudos de protección, un pesado muro de vidrio negro, había sido activado y ya bajaba, aislando el recinto.

Disparó antes de que hubiese bajado del todo. El escudo resistió el impacto. Corrió entonces con furia, volvió a sacar el machete, pulsó un botón en su mango y lo arrojó con todas sus fuerzas. Con un seco gruñido, se hundió en el vidrio hasta la empuñadura y el escudo se rajó como un cristal corriente con una pedrada. Después lo sacó y volvió asestarle otra estocada precisa, terrible, que acabó rompiendo el muro sin dificultad. Aquel material resistía la energía de un cañón de rayos sólidos, pero no el impacto de un cuchillo iónico, o el de un simple proyectil.

Al otro lado del muro destrozado, varios rifles de rayos lo esperaban. No tardaron en restallar con violencia, y cintas de luz

mortal buscaron el cuerpo con ansia homicida. Arkan se protegió con los restos del escudo, y los rayos rebotaron en el cristal negro; tras él, su compañero le cubría las espaldas disparando rabiosamente.

Hubo un momento de respiro en que nadie le disparó. Con un rugido, saltó hasta quedar frente al hueco abierto, tendido en el suelo, y tiró del gatillo como un loco. Aullidos de dolor le contestaron. Aullidos de muerte, al atravesar de lado a lado carne, huesos, vísceras, cuanto se pusiera a su alcance... Sonaba a música en sus oídos.

Entró como un huracán. Un oficial humano intentaba lanzar un mensaje de socorro a Graark, anunciando la invasión, pero una ráfaga luminosa acabó al mismo tiempo con el mensaje y con su vida, entre chispazos multicolores de la maquinaria al estallar. Otro se volvió hacia él con un arma en la mano y mostrando los colmillos en una mueca furiosa; terminó con un agujero brutal en su pecho, en el que parecía haber entrado una lanza invisible, y su cabeza se estrelló contra una pantalla, donde quedó incrustada. Sus rayos no perdonaron a nadie, y segundos después sólo él quedaba con vida allí dentro.

Hizo un esfuerzo para controlarse y el aire silbó al entrar en sus pulmones. No pensaba en nada; en su cerebro sólo había un zumbido continuo, doloroso, que envolvía el alma con brumas sangrientas. Allí inmóvil, en pie entre cadáveres, parecía un dios vindicador de plata y sangre. Jadeaba, el cañón de su rifle apuntando al suelo.

Lo devolvieron a la realidad los gruñidos agónicos del metal a sus espaldas. La lucha seguía en otras partes de la estación y sus compañeros estaban en peligro. Debía proceder con rapidez, enviar la señal a los que la esperaban. Así lo hizo, conectando el emisor láser del casco, que radió durante unos segundos, mientras Arkan, rifle en mano, vigilaba: después, la señal calló y se despojó del casco. El sudor empapaba sus cabellos, brillaba en su rostro enrojecido.

Se apostó tras los restos del escudo de protección, en la entrada a la cámara. Más allá de las aristas de vidrio negro, su compañero yacía convertido en una piltrafa irreconocible; no recordó su nombre, pero apretó los dientes en un gesto de dolor y rabia. Asomó

su arma y disparó contra los soldados que se acercaban, en un barrido a ciegas. Los contuvo durante varios minutos, defendiéndose con la furia de una pantera herida.

Rugió de alegría cuando luces deslumbrantes, blancas explosiones sin sonido, lo cegaron. ¡Habían venido!

Ahora sí... Ahora eran ellos los conquistadores, y sabrían aquellos cerdos hasta dónde podían llegar. Ahora sí, por los dioses...

Mientras más figuras enfundadas con trajes de vacío aparecían a pocos metros de donde se hallaba, Arkan B'aa-shi agotaba la carga de su rifle, sin dejar de gritar, nublada de nuevo su mente.

—¿Lo veis, malditos? ¿Lo veis...? ¡Es vuestra muerte, que anuncia su llegada con los destellos de mil soles! ¡Vuestra muerte...!

CAPÍTULO II

—¿Estás seguro de la veracidad de ese mensaje?

— Nadarki asintió con su pelada cabeza. Caminaban ambos por las instalaciones de la base Libertas, refugio y centro de operaciones del movimiento rebelde sito en un mundo muerto, un enorme peñasco gris que giraba alrededor de una estrella tan lejana que apenas resultaba visible a través de su atmósfera de metano e hidrógeno. A su paso, veían los trabajos incansables y entusiastas de hombres y mujeres de razas remotas que soñaban con libertar a sus pueblos oprimidos: naves que se revisaban en los hangares, armas que se limpiaban con paciencia, soldados que entrenaban una y otra vez, ansiosos de combatir... Libertas estaba lleno de vida, en contraste con la desolación que azotaba las piedras fuera de la base.

Había llegado días antes, después de salir clandestinamente de Gorondo, el planeta cuyo gobierno él dirigía, aunque siempre con el yugo del Imperio; las malas noticias en el frente, donde sus aliados se habían retirado bajo el empuje de las fuerzas imperiales, lo trajeron hasta allí para hablar con Arkan. Cierto que lo único que dejaba Ordai era un puñado de vacío cósmico, un planeta devastado y un auténtico cementerio de chatarra espacial tras de sí, pero aquella muestra de debilidad no gustaba a los insurrectos que confiaban en la Alianza.

—Sí, y Vigilante lo confirma —respondió; Vigilante era el nombre con el que ellos conocían a la estación de observación imperial que había caído en su poder y que ahora servía a la causa de los subversores—: una nave ha partido de Graark; su contenido y misión son alto secreto para el propio Imperio, y se dirige hacia la zona del combate, para reunirse con las tropas de vanguardia.

Arkan se detuvo ante un caza estelar, uno de los muchos trofeos conseguidos en sus ataques continuos a arsenales, astropuertos, industrias de armamento, etc. Posado en tierra parecía una enorme mole de metal oscuro, una sombra horrenda fundida en la oscuridad que la rodeaba. Se colocó debajo, y la oscuridad lo envolvió también a él.

—¿Quién puede ir dentro de esa nave? ¿Lo sospechas?

—No sé...

—¿Puede ser... el propio Jamarh, el emperador?

—Sí, es posible —se encogió de hombros el obeso hombretón, y sus ropajes opulentos, de amplios pliegues, se agitaron en la penumbra—. O algún otro personaje importante: un ministro, un alto mandatario miIitar… ¿Quién sabe? Lo único seguro es que esa nave existe, que transporta algo, sea esto lo que sea, y que va a las fronteras invadidas de la Alianza.

—Vigilante nos está siendo muy útil, Nadraki —Arkan volvió a salir al cabo de un instante de las sombras proyectadas por el caza estelar—, Gracias a él conocemos todos los pasos del Imperio antes casi que ellos mismos, y mientras no sepan que lo controlamos, nosotros tendremos todas las ventajas. Como en los ataques relámpago a convoys militares, o a naves de exploración... O como ahora. Imagínate que secuestramos esa nave y a quien esté dentro de ella, que interrogamos a ese «alguien»... Si es un tipo importante, ¿cuantos secretos de Estado puede conocer, cuanta información podría damos...?

—¿No estarás pensando...?

—Sí, amigo mío —su sonrisa era terrible, lobuna, cruel casi—. Si la Fortuna quisiera poner en nuestras mános a esa bestia insana...

Su siniestra se crispaba en el aire, hasta convertirse en un puño amenazador, de nudillos blanqueados por el esfuerzo. Se hacía daño en las palmas, pero no parecía darse cuenta de ello. Nadraki lo miró con cierto temor, como siempre que veía brillar la violencia en sus

ojos. De pronto, se tranquilizó, olvidando su repentino acceso de ira. Fue como un fantasma que se esfuma sin dejar rastro.

—Pero si no fuera así, al menos tendríamos información sobre Graark y las gentes que habitan el palacio de Nieve. Con eso me daría por satisfecho.

Nadraki no dijo nada. Pensaba en sí mismo, en las atrocidades que había visto cometer al Imperio. Pensaba en aquel día, siendo entonces muy joven, en que juró luchar contra todo lo que significase muerte y esclavitud, contra todos los horrores sin forma que conoció, y pensaba también en Arkan B'aa-shi, su compañero, su amigo... Tal vez llegaría el día en que tendría que luchar contra él.

* * *

Era un día triste en un planeta más triste aún. La niebla giraba y se arrastraba como algo vivo, frío y viscoso, llenando todo cuanto podía alcanzar la vista. Las piedras peladas, rojizas, en un suelo yermo y carente por completo de vida, el paisaje abrupto y elemental, las temperaturas inclementes... Todo hablaba del salvajismo primitivo de aquella tierra, de la inhóspita dureza que reinaba en cada remoto rincón. Era un mundo infernal, que podía convertirse en una trampa mortal para todo el que se aventuraba en él.

Sus escasos habitantes odiaban la niebla ácida y pestilente que los envolvía como un helado sudario, el sol mortecino que brillaba en lo alto, broma cruel para ellos, el suelo muerto que pisaban cada día. Les asqueaba el planeta entero, y sólo ellos podían saber por qué.

Eran los empleados de empresas privadas dedicadas a la minería y la investigación geológica, gentes que, por dinero, no dudaban en poner en peligro sus vidas perforando las entrañas del propio infierno, si hiciera falta, lejos de ninguna parte y rumiando su desprecio a todo cuanto los rodeaba. Extraían un mineral radiactivo, de alto nivel energético, llamado Compuesto Alfa003, o kerenita. Con él, los dividendos de las empresas subían a cifras exorbitantes. Sólo había un cliente fijo, y pagaba bien: el ejército imperial. La kerenita era el combustible para sus naves.

La pequeña nave de vuelo subatmosférico se posó suavemente en

la tierra reseca, levantando huracanes de polvo rojizo, una nube oscura y densa, que poco después se confundió con la bruma venenosa. Las patas de sustentación equilibraron la nave en el irregular terreno. De no ser por ellas, toda la pesada masa metálica se habría venido abajo con estrépito, cayendo como un gigante abatido. Se mantuvo quieta, rugientes aún los motores.

Pasaron varios minutos hasta que una compuerta se abrió en un costado. Por ella salieron colosales figuras negras, fornidos monstruos de cristal que flotaban sobre grandes discos plateados de un metro de diámetro. Soldados imperiales, invulnerables a las sofisticadas armas de un tiempo y lugar remotos, tan alejados de nuestra querida Tierra que sólo podían parecer un sueño, la fantasía de alguien a quien nadie creería si dijera que todo esto puede suceder, puede estar sucediendo ahora mismo… Iban armados, como siempre. Sus armas estaban listas para repartir la muerte si eran necesarias. Pero no parecía que fuesen a utilizarlas allí.

Otros seres acompañaron a los soldados en el inhóspito exterior. Vestían uniformes de oficiales científicos, y llevaban consigo un recipiente de alta seguridad, transportado por aparatos antigravedad. Se deslizaba en el aire brumoso y sucio como una pluma, sin necesidad de esfuerzos, empujado por sólo uno de ellos. Centelleaban las luces de los aparatos de antigravedad, con parpadeos fugaces.

Fueron hasta las recortadas siluetas de las instalaciones mineras, erguidas sobre las piedras oscuras y las mutantes formas que se agitaban trémulas, perforadas por potentes focos de luz. Se perdieron en el pandemónium de luz y sombra, escoltados por los soldados de negra armadura. Sólo quedaron tres de los soldados frente a la abertura de la nave: dos vigilaban las alturas desde sus discos flotantes; el otro, caminaba cerca de la nave.

Se oían sus pasos en la arena crujiente. Sujetaba su arma en ristre, oculta su diestra enfundada en vidrio en su complejo interior y conectados los mecanismos a la propia armadura. En las anchas espaldas, una pequeña mochila de metal, llena de extraños mecanismos, brillaba a la escasa luz.

Se detuvo. En cualquier planeta donde se las viera, las siniestras figuras poseían un aspecto temible. Esa era su intención. Bajó el cañón del liviano rifle. La oscura cabeza se movía de un lado a otro,

como contemplando cuanto había delante, pese a que no se adivinaban visores ni nada parecido en ella. El casco era homogéneo, totalmente igual por delante y por detrás, por arriba y por abajo, negro como el carbón pero lustroso, igual que el resto de la armadura. Todo estaba tranquilo.

—¡Hey, N'ggai, Oribann! —llamó con voz gutural el ser que había dentro de la armadura—Esta maldita niebla cada vez parece más espesa... Me pone nervioso.

—Tranquilo, muchacho —llegó hasta el la voz calmosa de Oribann, a través del receptor de su casco—. No estaremos aquí mucho tiempo; el suficiente para recoger la kerenita que necesitamos; luego, seguiremos nuestro camino.

—Bueno —resopló el soldado de a pie—, pero tengamos cuidado. Este planeta no me gusta nada.

—A nadie le gusta.

Se hizo el silencio después. El soldado había captado el tono burlón de su compañero, y prefirió callar. Siguió caminando con pesadez. Afuera, el frío era intenso. Las lecturas de sus sensores marcaban 120 grados absolutos, demasiado frío para ir sin armadura, o, por lo menos, sin unas buenas ropas de abrigo. Sin embargo, ésa era la única referencia que tenía: unas cifras brillando en una pequeña pantalla, en el interior del casco.

Miró sus piernas mientras avanzaba. La niebla subía por ellas, extendiendo sus espectrales pseudópodos para atraparlo en un gélido abrazo. Ni siquiera intentó librarse de ella, pues sabía que era imposible. Era mejor ignorarla, no pensar en la niebla. En realidad, era mejor no pensar en nada y vigilar tan sólo; así no vería monstruos informes donde no había más que oscuridad sepulcral y jirones de gases letales.

No vio la sombra que se movía a sus espaldas, sigilosa como un felino, ni oyó sus pasos en el polvoriento suelo. Fue como si allí no hubiese nada, como si aquella sombra en movimiento sólo fuese un efecto de luces que no existían, o la misma niebla avanzando furtiva junto a la nave. Ni un ruido. Nada. Y el guerrero imperial ni siquiera intuyó su presencia.

Un largo cuchillo brilló igual que una luna pálida entre las brumas, mientras cada paso acortaba las distancias. El soldado aferraba su rifle con las dos manos, pero miraba en dirección

contraria a donde acechaba el peligro; la niebla era cómplice del asesino, y encandilaba al guerrero, cuya arma tantas vidas habría cercenado en multitud de mundos lejanos. Mantuvo fija su atención, hasta que para él fue ya demasiado tarde.

La sombra estaba ya prácticamente pegada a sus anchas espaldas de negro cristal; de pronto, su aspecto se hizo humano, y también brillaron unos ojos en la penumbra, fríos como la misma muerte. Saltó, y sus brazos enfundados en gruesas pieles oscuras rodearon el torso de vidrio. El soldado, sobresaltado, trastabilló con el impacto, a punto de venirse abajo, y trató de librarse de la presa. Un movimiento fugaz, rapidísimo, y el brazo armado subió y volvió a bajar con fuerza.

El cuchillo se hundió con un gruñido áspero en la gruesa armadura. El vidrio se resquebrajó a la altura del pecho, y la hoja se hundió aún más, atravesando la carne, astillando los huesos a su paso, y partiendo la víscera cardiaca con aterradora facilidad. Dentro de su armadura, ahogado su grito desesperado por lo mismo que debía protegerle, la criatura murió, y la sangre corrió entre las paredes de cristal negro y la piel sin vida.

Sólo brotó un fino hilo de sangre oscura por la grieta abierta en la armadura. Sólo eso, y la hoja enrojecida, probaban que la vida había huido por allí, cuando el cuchillo salió.

El guerrero —ya sólo un cadáver— se estrelló con dureza en el polvo rojizo; la niebla pareció tragárselo, voraz, ansiosa de ocultarlo en su manto gris. Arkan, cuchillo en mano, miró en rededor. Sus ropas, las gruesas pieles de algún animal inidentificable, le permitían fundirse con las tinieblas, además de guardarlo del frío exterior. Su rostro permanecía invisible tras la materia elástica de una máscara de oxígeno. Su apariencia era inhumana, casi tan espantosa como la del soldado imperial al que acababa de matar.

No había producido el menor ruido, y su víctima no tuvo tiempo de avisar a los otros. Un momento después, volvía a perderse en la oscuridad. Del guerrero muerto no quedaba ni rastro, y en el lugar donde cayera la bruma se retorció, gozosa.

Mientras, los dos guardias restantes eran eliminados.

Silenciosa. Eficazmente. Uno terminó con un largo dardo explosivo reventándole las entrañas; el otro, con la cabeza cortada por un pesado sable. Ninguno de ellos se enteró de que moría, ni vio

nada extraño entre las sombras.

Sin embargo, sí había algo. Seres sin forma, siluetas deformes y amenazadoras, perdidas en la oscuridad, que poco a poco se acercaban a la abertura de la nave.

CAPÍTULO III

Vieron a los imperiales que regresaban antes de entrar en la nave. Precavidos, se retiraron rápidamente hacia las acogedoras tinieblas, uniéndose de nuevo a ellas como si formasen parte de un mismo ser.

La kerenita.

Sabían que volvían con ella. El parpadeo de luces se aproximaba, llenando de frías luciérnagas la distancia. Los rebeldes se prepararon, extrajeron sus armas de entre los oscuros pliegues de las ropas. No eran armas convencionales; disparaban proyectiles de diferentes clases, en lugar de rayos sólidos.

Los distinguieron con meridiana claridad un momento más tarde. El recipiente de seguridad se deslizaba entre los oficiales científicos igual que si lo hiciera sobre el agua. Dentro iba la kerenita, el precioso, pero también peligroso mineral radiactivo arrancado del mismo vientre del planeta. Si no fuera por aquella protección, la radiación sería tan fuerte que hasta los soldados se cocerían dentro de sus negras armaduras.

Esperaron. Nadie sabía aún que estaban allí. Las cosas habían sucedido tan rápido que apenas existió tiempo para llevarlas a cabo. En la nave parecía reinar la normalidad más absoluta.

Sólo necesitaban que no descubriesen la desaparición de los centinelas. Sólo unos instantes más...

Arkan aferró su propia arma. Recordó que los técnicos de la Alianza Rebelde la construyeron según sus instrucciones, igual que las que empuñaban el resto de sus hombres. Tenía fé en ellas y hasta ahora habían demostrado su eficacia. Tragó saliva. Estaba tenso bajo sus extraños ropajes, como lo está un león antes de saltar sobre su presa.

Actuaron al unísono, saliendo todos de su refugio de tinieblas y rodeando a los imperiales: Al mismo tiempo, chasqueaban las armas.

Dardos de quince centímetros brotaron como relámpagos y atravesaron armaduras y trajes de vacío con la misma facilidad, hundiéndose hasta desaparecer por completo en los cuerpos robustos. Algunos parecieron a punto de salir por el otro lado, pero no lo lograron.

La mayoría murió por las espantosas heridas. Otros, los menos dañados, sintieron el espanto y el infinito dolor del veneno recorriendo sus venas, fulminándolos casi al instante.

El ataque inesperado acabó con todos ellos.

Los rebeldes se acercaron y contemplaron los cuerpos amontonados, acribillados ferozmente. Ninguno habló. El recipiente de la kerenita flotaba inmóvil sobre los cadáveres. La niebla, lenta, tímida, iba cubriéndolos con sus dedos gaseosos.

Después se volvieron hacia la nave. Otra victoria.

Cruel, tal vez, como cruel era el Imperio.

* * *

La enorme nave-nodriza imperial engulló al casi insignificante transporte interplanetario una vez salidos de la atmósfera gris. Después, casi inmediatamente, el gigantesco destructor partió hacia las estrellas que esperaban impacientes su llegada, alejándose a velocidad creciente del brumoso y triste planeta minero.

Con ellos, llevaban la muerte. La muerte, venida de entre las ponzoñosas brumas que dejaban atrás. La muerte, que bostezaba desperezándose en el hangar, aguardando...

No había nadie alrededor de la nave de transporte cuando se abrieron las compuertas, ni nadie salió a recibir a los científicos imperiales ataviados con trajes de vacío que la abandonaron. Llevaban consigo el contenedor con la kerenita, pero no la escolta, que sin duda seguía en el interior.

Arkan miró a uno y otro lado tras el vidrio transparente de su casco. Estaban solos en un gigantesco destructor de estrellas, entre cientos, tal vez millares de enemigos. Sudaba. Ni rastro de soldados imperiales, de otros oficiales científicos del Imperio... Poco a poco, mientras caminaban, se iba apoderando de él la tensión, la duda. ¿Una trampa? ¿Era posible?

No.

Antes incluso de que aparecieran, supo que estaban allí. Verlos fue sólo la confirmación de sus sospechas, el dolor después del golpe ya encajado. Y de nada sirvió pensar que lograrían engañarlos con sus disfraces; estaban en alerta de combate, empuñadas las armas y encañonándolos, brillantes las negras armaduras bajo los potentes focos del hangar. Surgieron de pronto, y desde todos los lados. Un momento antes no había nada y al siguiente...

Algo se desató en su cerebro, y lo hizo con violencia. No quiso rendirse. Sabía —todos ellos lo sabían— lo que hacía el Imperio a los que se le oponían: humillaciones, torturas, dolor insoportable... No, él no sucumbiría como un cobarde, no se dejaría matar poco a poco, ni permitiría que nadie sondease en su interior hasta dejar su alma desnuda como un juguete en manos del Señor Graark... Moriría matando si era preciso.

Con un juramento obsceno, se echó al suelo. En su mano apareció el mortal aparato que sus técnicos diseñaron en base Libertas, hasta entonces escondido convenientemente pero al parecer inútilmente.

—¡Disparad, malditos, disparad...! —gritó, y sus hombres le obedecieron, colocándose algunos tras el recipiente de la kerenita y tirándose los demás al suelo—. ¡Matadlos a todos! ¡O, por todos los dioses, que ésta será nuestra última batalla!

Varios soldados cayeron con las armaduras atravesadas y las entrañas perforadas por los letales dardos. Hubo un instante de desconcierto entre sus compañeros, que hicieron ademán de disparar, pero se detuvieron en el último instante. Sólo algunos disparos sueltos respondieron a su ataque, sin llegar a alcanzar a ninguno.

Arkan se cubrió los ojos con su mano libre. Los impactos de rayos sólidos levantaban miríadas de chispas cegadoras alrededor suyo. Durante unos instantes, le fue imposible apuntar con precisión, mientras se encogía intentando protegerse. Unos instantes que pudieron ser los últimos, si alguno de los soldados hubiese tenido la fortuna de darle. Pero no sucedió; disparaban a lo loco, sin ninguna puntería, como si lo único que pretendiesen fuera intimidarlos, cuando podían acabar con todos ellos sin ningún problema.

—¡Basta! ¡Basta! —se oyó una voz potentes, colérica, por encima incluso de los ecos que provocaban los disparos—. ¡Alto el fuego, he

dicho!

Silenciaron las armas al instante. Humeaba el metal alcanzado por los poderosos rayos de luz, en los lugares donde había quedado desgajado, peligrosamente cerca de donde estaban los rebeldes y la kerenita.

—¡Rebeldes, deponed las armas! —gritó la misma voz. Arkan sólo veía el suelo de metal bajo su cara, pegado el cristal del casco. Sus dientes rechinaban de furia—. ¡Nuestra intención no es mataros! ¡Juro que vuestras vidas serán respetadas, y mi juramento es ley!

—¿Jurar? —gritó el líder de los rebeldes, dominado por la ira—. ¡Sicario del Imperio, yo me río de tus juramentos!

—¡Es mi palabra la que os mantiene con vida, estúpidos! ¡Si no fuese por ella, ahora sólo seríais guiñapos! ¿O es que creéis que ha sido vuestra maldita fortuna la que ha desviado los disparos?

También había ira en aquella voz, que parecía dominarlo todo. Arkan sabía que tenía razón, pese a la profunda rabia que invadía su pecho. Y precisamente por eso desconfiaba. ¿Por qué perdonarles la vida? ¿Por qué jurar que serían respetadas? Ellos, la amenaza del Imperio, la molesta espina que atravesaba el helado corazón del Señor de Graark… ¿Por qué?

—¡Mentira! —rugió, y se puso en pie con una rapidez escalofriante.

Ante él estaba el ser que hablaba, delante mismo de la muralla de armaduras negras y cañones plateados. Le apuntó, sintiendo al mismo tiempo un escalofrío.

Era una criatura que poco tenía de humano, perteneciente a una raza de la que Arkan había oído hablar pero que nunca creyó que existiera; medio simio, medio insecto, con lo más desagradable de cada especie, en una mezcla imposible, lo miraba con sus faceteados ojos multicolores. Cabeza de insecto, con varios pares de antenas y poderosas mandíbulas; brazos larguísimos, recubiertos de oscura y durísima quitina; cuerpo inimaginable bajo sus ricas vestiduras… Arkan no quitó sus ojos de él.

—Arkan B'aa-shi —dijo el ser, sin dar muestras de ninguna emoción. Arkan no disparó. Quedó inmóvil, apuntándole—. Debes ser tú. Sí, debes ser tú; tienes aspecto de jefe, de guerrero nato, capaz de llevar a los suyos hasta los propios reinos de la muerte si fuera preciso. He oído hablar de ti y de tu «cruzada de liberación»

contra el Imperio. Todo el mundo habla de ella... y de ti, por supuesto. Eres la esperanza de cientos de mundos que sueñan con la libertad. ¿Respondes tú a esa esperanza, rebelde?

—Puedo matarte, sicario —silabeó Arkan, cubierto de sudor—. Ordena a tus hombres que nos dejen marchar o te agujereo las tripas.

—La esperanza se desvanece, Arkan B'aa-shi. No dispararás. Si lo hicieras, ése podría ser tu final y el de los que tan ciegamente te acompañan. Además, no conseguirías hacerme ningún daño. Aunque no lo parezca, estoy mejor protegido que los soldados de Su Majestad.

¿Una bravata? Tal vez, pero... ¿se atrevería a arriesgarse estúpidamente?

A pesar de todo, no bajó su arma.

—También nosotros estamos protegidos, sicario —susurró lentamente; los rifles de la escolta imperial vigilaban cada movimiento suyo—. Tenemos la kerenita, y ahora mismo debe ser el único cargamento en muchos pársecs a la redonda, pues las principales instalaciones del planeta que hemos dejado atrás han sido saboteadas. No podéis disparar, porque si lo hacéis, toda la nave volaría en pedazos. La kerenita es muy inestable; un rayo mal dirigido podría alcanzar la cápsula de protección y entonces... os quedaríais sin kerenita, y sin vida.

—Tal vez. En cuanto a la kerenita, como vosotros la llamáis, no la necesitamos. Tenemos combustible de sobra, y conseguir más fue sólo una excusa para que vinierais; el reto era fascinante y lo aceptasteis. Me alegro. Sin embargo, tienes razón: estamos en tablas. Propongo entonces una tregua; arrojemos las armas y hablemos.

Los guerreros que lo acompañaban ya estaban en pie junto a él, formando un abanico con sus armas. Estaban atrapados y Arkan lo sabía. Hicieran lo que hicieran, podía barrerlos con facilidad. Ahora, el problema estaba entre morir como héroes o caer en la trampa que sin duda habían tendido para ellos.

—Es una trampa, general B'aa-shi —oyó murmurar a alguien a su lado. ¿O eran sus pensamientos?

Dominó sus ansias de apretar el gatillo.

—¿Quién sois vos? —bajó el amenazador cañón de su pistola.

—Ogthai, consejero y ministro de Su Majestad Imperial, Señor de

la Guerra y conde de Kardat, además de multitud de títulos honoríficos que sería demasiado cansado de enumerar...

—¡Por los dioses, entonces es verdad! —volvió a alzar el arma, y los soldados imperiales se adelantaron al instante, prestos a disparar—. Esto es un ardid del propio emperador.

—Su Majestad no tiene nada que ver con esto, mi querido y rebelde amigo —negó con un ademán el conde Kardat, aquella criatura insectoide que le hablaba—. Más bien es una iniciativa mía. Y, desde luego, no es una trampa, aunque confieso que no es muy ortodoxo que el anfitrión espere a sus invitados con una escolta de hombres armados. Pero convenid conmigo en que es la única manera de llegar a un primer acuerdo entre teóricos enemigos sin que haya mucha sangre. Hubiese preferido que no hubiese ninguna, pero desgraciadamente no ha podido ser. ¿Soltamos, pues, las armas? Comprendo que os resulte insólito; a mí también me lo parecía. Teóricamente somos enemigos, como dije, pero sólo en teoría. En realidad, tenemos más en común de lo que parece.

—No puedo creeros. No a un ministro del Imperio...

—No pienses en mí entonces como un ministro del Señor de Graark, Arken B'aa-shi, sino como un aliado. Un aliado contra el Imperio.

CAPÍTULO IV

—¿Por qué?

Tuvo que creer; no le quedaba más remedio. Y si todo aquello terminaba en traición, arriesgaba no sólo su vida, también todo aquello por lo que había luchado, y las vidas de miles de compañeros. Pero no era tan fácil sucumbir a la satisfacción que le producía pensar en ello...

El conde Ogthai, Señor de la Guerra y consejero del emperador... ¡un traidor!

No podía ocultar su salvaje alegría, aunque se esforzase en mantener la máscara de dureza y hermetismo en el rostro. Su cruel sonrisa, empero, reflejaba sus sentimientos. El conde Ogthai era un signo de la debilidad del Imperio. Una debilidad que ellos podrían utilizar. Sí, era un día feliz aquel...

Sentados uno frente al otro en una estancia privada de la nave y con una pantalla esférica sujeta a una gruesa columna de metal entre ellos, el noble Señor de la Guerra y el líder de la Alianza Rebelde se miraban. Los ojos humanos se encontraban con los faceteados e irisados de su anfitrión. En el globo-pantalla podían verse las estrellas, nebulosas y galaxias que desfilaban ante el poderoso destructor estelar.

—Tengo mis razones —los gestos de aquel rostro insectoide eran indescifrables para él; los ojos no decían nada; la voz resultaba tan impersonal y desprovista de emociones que más parecía un bostezo —, como vosotros tenéis las vuestras. No sólo sois los rebeldes, los proscritos llenos de idealismo, locura y sueños de utopías, los únicos descontentos con el demente que ahora se sienta en el trono del palacio de Nieve. Cierto que la mayoría de los que lo rodean están tan locos como él. Ha sabido rodearse de imbéciles que lo apoyan. Pero también hay detractores en palacio.

—Y vos sois uno de ellos.

—Uno, sí. Arriesgo mucho con esta entrevista, pero era necesaria.

—Estáis sugiriendo, entonces, que hay una conspiración contra el emperador. Una conspiración en el propio Mundo-Hogar ...

—¿Te ríes, humano? ¿Por qué?

—Por el «todopoderoso» Imperio —se carcajeó Arkan, sin poder contenerse—. Ordai, la Alianza Rebelde, Graark... Está rodeado de enemigos por todas partes. Hasta su misma alma se pudre, y se vuelve contra él.

—Eso es lo que ha conseguido ese rabioso patán de Jamarah. Es obra suya; debería estar orgulloso. Sus ansias de conquista nos ha enemistado con el resto del Universo, nos ha llevado de una guerra a la otra, ha levantado al pueblo contra nosotros y causado más muertes que en los últimos tres mil años, sólo con las acciones represivas. La guerra con Ordai puede ser el principio del fin, si, como creemos, busca la ayuda de otros mundos resentidos con el Imperio. La situación ya es bastante mala como para dejar que empeore.

—¿Por eso nos buscasteis? Por cierto, ¿cómo…?

— Tenemos nuestras propias fuentes de información —esta vez sí creyó notar en su voz algo parecido al sarcasmo, pero no podía

asegurarlo a ciencia cierta—. Ya que atacabais todos los convoys oficiales, era fácil imaginar que, os ocultaseis donde os ocultaseis, os enteraríais tarde o temprano de que una nave había abandonado Graark. Imagino que vosotros también tenéis vuestras fuentes. Lo cierto es que la treta resultó, y aquí estamos. .

—¿Para conspirar?

—Para conspirar, por supuesto. Nuestros fines son los mismos. ¿Por qué no ayudarnos?

—¿Ayudarnos... a derrocar al emperador?

—A matarlo. No podemos correr riesgos. Si lo dejásemos con vida, sus fieles seguirían luchando.

—Ahora hablas claro —asintió Arkan sin dejar su sonrisa de lobo sediento de sangre—. De antemano ya tenéis mi ayuda incondicional. Pero yo no soy el movimiento rebelde, ni soy tan estúpido como para creérmelo. Tengo amigos a los que debo informar. Necesito detalles.

Ogthai captó su ansiedad. —¿Me crees entonces, humano?

—No.

—No te engaño.

—Eso espero, por tu bien...

—¿Me amenazas? —chirrió, agitando sus vestiduras.

—Te aviso. No me gustan los traidores.

Miró la esfera llena de estrellas y negro vacío.

—Y ahora, los detalles...

CAPÍTULO V

Montó en el caza imperial cuando ya el mortecino sol de Libertas se perdía en el desértico horizonte. No dijo a nadie que se marchaba. Quería estar solo. Solo para pensar, para recordar, para fundirse con su pasado y tratar de comprenderlo una vez más...

La puerta de durísimo aceroide del hangar se alzó cuando envió una señal ultrasónica al computador central de la base. En el exterior, una feroz tormenta de arena castigaba la superficie planetaria. Una bocanada de aire ardiente y partículas de polvo gris entró aullando. No hubo alarma. El computador había sido avisado y no la conectó.

Arkan se acomodó ante los mandos. El sillón de su derecha estaba vacío. Era una nave biplaza y nadie viajaría a su lado. Sólo estaba él, en la penumbra de la estrecha cabina, ante decenas de luces, monitores, indicadores, botones, palancas... Aspiró profundamente y sus dedos volaron sobre el salpicadero, mientras contemplaba las lecturas de las pantallas. Había pilotado muchas naves parecidas, aunque ninguna como aquélla.

Era un caza imperial. La mejor nave de combate jamás creada en mil mundos. Una maravilla.

Segundos después, despegaba con un furioso rugido que retumbó una y otra vez en las paredes del hangar, elevándose por encima del demoníaco silbido del viento. Tras él dejó una hermosa estela de luz dorada, que no tardaría en desaparecer, y la nave aceleró y aceleró, cortando los oscuros vientos cargados de arena y tristeza, surcando el aire, majestuosa. Recorrió los desiertos y las agresivas cordilleras en un vuelo de pájaro, para después efectuar una brusca maniobra y marchar hacia las estrellas.

Arkan sonrió, iluminado su rostro por las luces rojas y azules del salpicadero. En el monitor de visión exterior vió cómo el cielo se aclaraba, cubriéndose de seda negra, y aparecía el fulgor helado de las estrellas. Cientos de puntos luminosos ante sus ojos, radiantes festones perdidos en la distancia.

Pensó entonces en el conde de Kardat y en la conspiración... Él desconfiaba, pero la Alianza Rebelde había decidido arriesgarse. Participarían, pues, en el asalto al palacio de Nieve.

A veces pensaba si no sería todo un sueño. De pronto, el Imperio estaba acorralado, aunque todavía no lo supiera, con enemigos por todas partes que planeaban su destrucción desde las sombras. Y él, por fin, tenía en sus manos la ansiada venganza, y el cuello del Señor de Graark cada vez estaba más cerca de sus dedos. Cuando llegase el momento, no dudaría. No habría cuartel, como tampoco lo hubo en Ipshira.

Miró sus dedos, inmóviles sobre los controles de la nave. Se sorprendió al notar que se crispaban instintivamente, como si intentasen quebrar los mandos que había a su alcance. Por un momento, sólo pensó en ellos. ¿Tan grandes eran sus ansias de matar, que ya no podía controlarlos? ¿Tanto se había emponzoñado su alma? No quiso pensar en ello.

Buscaba aquello que era suyo por derecho. El Señor de Graark había destruido su vida, su mundo... El destruiría al Señor de Graark, y, con él, al Imperio, porque los dioses de la venganza así lo habían dispuesto. En su nombre lo haría, y en nombre de sus padres muertos, de su mundo arrasado y envuelto en fuego.

Por todo ello, Jamarah, emperador de un millar de mundos, debía morir.

Y Arkan B'aa-shi lo mataría.

Hasta entonces, había parecido prácticamente imposible. Llegar a Graark, entrar en el palacio del Mundo-Hogar, era una esperanza remota, un sueño que nunca se produciría. Ahora, en cambio, con ayuda de los conspiradores, era una ilusión con muchas posibilidades de convertirse en cercana realidad.

Marcó una ruta en el computador de vuelo. Un monitor se llenó de trazos rojos, dibujando órbitas y siluetas cuadriculadas de los astros más cercanos, marcando el movimiento matemático de los planetas y las distancias. Pulsó luego una serie de botones, y la nave siguió su rumbo, guiada por el sofisticado cerebro electrónico. Después, quedó quieto, rodeado sólo por un monótono zumbido venido de las entrañas de la nave y por las luces que salpicaban la cabina. Contemplaba la pantalla en silencio, con la mente en blanco, como si no desease pensar.

Cerró los ojos y se vio a sí mismo como una criatura sollozante, destrozada el alma, aferrándose desesperadamente a los cadáveres casi carbonizados de sus padres. Era de noche, lo recordaba, y el fuego lo llenaba todo, danzando burlón sobre la tierra calcinada, sobre los bosques arrasados, ocupando el horizonte con su espectral fulgor.

Los recuerdos lo desgarraban. Sentía un dolor casi físico, lacerante. El mismo dolor que sintió entonces y que congelaba su corazón con los infernales hielos del odio.

Nunca supo como sucedió. Su mente había borrado todo lo demás, y sólo quedaba aquella escena, aquel momento angustioso, tan vívido que parecía revivirlo una y otra vez, con obsesionante realismo. Ni siquiera recordaba como logró escapar de allí, y todo se perdía en una niebla densa, en una vorágine de horror y deseos abominables de matar a los culpables de ese horror.

Abrió los ojos. La pantalla... Los computadores indicaban peligro.

Un peligro cercano. Las cifras saltaban, enloquecidas, en los monitores. Los sistemas de defensa actuaban ya, encañonando al espacio, en busca de lo que habían detectado, fuera esto lo que fuera.

Arkan sintió un sudor frío cubriendo su frente. Tecleó rápido en la consola de mandos. La computadora sólo dijo: PELIGRO, PELIGRO... Pero en la pantalla no había nada, salvo la eterna negrura del espacio, siempre igual, siempre siniestra y maravillosa a la vez. Nada más. Pidió más detalles. No obtuvo contestación. Y, sin embargo, los sensores sí captaban algo. Registraban, al menos, la presencia de un objeto en su camino, un obstáculo que significaba un peligro para la nave, pero no precisaban qué era, como si no lo supieran en realidad.

—Bueno —habló a las sombras, tenso, recuperando el dominio de la nave—. Ya estamos aquí, investiguemos. No me gustan los misterios. Y menos éste, estando tan próximos a Libertas.

El sensor localizaba el lugar exacto donde se hallaba el obstáculo. Escrutó aquella zona con cuidado. Siguió sin ver nada. Utilizó los complejos sistemas de frenado para detener la nave en el espacio, cosa que realizó lentamente, hasta quedar inmóvil por completo. La computadora dibujó el objeto. Su forma no le dijo nada. El perfil no era nada concreto, ni realmente definido. Parecía, simplemente, un enorme pedrusco.

¿Una nube de gas, tal vez? No, el objeto mantenía siempre la misma estructura; no se dispersaba en el espacio. Ni siquiera giraba para conservar su cohesión. Flotaba, como su propia nave, sin moverse.

Se incorporó, programó la computadora para que atacase a la menor señal de peligro y enviase un aviso a la base, ajustó el casco al resto de su traje de supervivencia y salió de la cabina de control. A una orden suya, la entrada se cerró a sus espaldas y el aire huyó de aquella zona. Después, el espacio apareció entre sus ojos, cuando las puertas de acceso exterior se hicieron a un lado, en silencio.

Salió. Ingrávido, se mantuvo en el vacío, y su impulso inicial no acabó, sino que lo llevó lenta, muy lentamente, alejándolo de la nave. No dio vueltas en el vacío. Tenía experiencia en los paseos espaciales, y hacía de las estrellas puntos de referencia que utilizaba para no perder la orientación. Se giró hacia la oscura figura del caza.

Accionó al mismo tiempo los propulsores autónomos de que iba dotado su equipo espacial.

Se movió en el espacio con la misma facilidad con que un ave surca los aires, dominando los propulsores con destreza, dirigiéndose hacia donde debía estar el objeto detectado por los aparatos de a bordo. Siguió sin ver nada. Allí sólo había oscuridad, y lo único que sus ojos podían distinguir —pero a incontables años luz de distancia— era una estrella que brillaba solitaria.

Se acercó más, haciendo caso omiso de los rojos destellos que de pronto inundaron el interior de su casco. No era radiación, pero sus aparatos electrónicos reaccionaban como presas de un pánico imposible. ¡Y allí no había nada! Sin saber por qué, él también sintió miedo, por vez primera en muchísimos años. No era como entonces, en Ipshire, cuando el cielo se llenó de muerte. Era distinto. Muy distinto. Sabía que era miedo, lo sabía; podía reconocerlo, cosa que no logró aquel día fatal.

De pronto, fue como si naciese una estrella delante mismo de donde él estaba. El resplandor fue tan fuerte, tan repentino e inesperado, que se convirtió en dolor insoportable en sus ojos, e instintiva mente se encogió y golpeó con sus manos enguantadas el cristal del casco. La luz había surgido de la Nada y ahora lo envolvía, mientras Arkan se retorcía de angustia y pánico, sin saber lo que sucedía, cegado.

No supo el tiempo que pasó así. Lo mismo podía ser un instante que toda una eternidad, porque perdió toda noción del tiempo; incluso el dolor desapareció de repente, para dar paso a una extraña laxitud, una ausencia total de sensibilidad, que acogió con agrado. Tuvo conciencia, de alguna manera, de que seguía flotando, de que era arrastrado hacia alguna parte, aunque no sintió contacto alguno. No había frío. Ni calor. No se sentía mal, ni bien, ni de ninguna manera...

Cuando abrió de nuevo los ojos, la sensación persistía, pero no era tan inquietante como el lugar mismo donde se hallaba. Creyó estar loco, y, sin embargo, sabía que era real, que estaba allí. Algo dentro suyo se lo decía, con susurros acariciantes que intentaban tranquilizarlo. Pero ¿cómo estar tranquilo en un sitio semejante?

Era como haber entrado en una caverna espantosa, iluminada por luces irreales que no venían de ninguna parte. Todo en rededor

parecía el sueño de un loco, con colores nunca vistos en parte alguna del Universo y formas que sólo podían pertenecer a dimensiones inexploradas. Había burbujas flotando en torno, y él mismo estaba aprisionado en una de ellas, de curvas tersas y transparentes, tan frágiles y delgadas que parecían a punto de explotar cada vez que se las tocaba. Había tentáculos allí donde debía estar el suelo de aquel misterioso lugar, agitándose con una cadencia lenta, como las algas que las corrientes subacuáticas mueven. Había cosas viscosas, palpitantes, colgando cerca de donde él estaba, cambiando continuamente de forma, como plasma viviente. Pero el miedo ya no existía, y nada de lo que veía le inspiraba repulsión u horror. Sólo lo contemplaba todo, maravillado, dejándose asaltar por pensamientos que no podían ser suyos.

No sucede nada criatura. Aquí estás a salvo y no debes tener miedo. Soy tu amiga, recuérdalo.

Al principio pensó que debía estar en una nave, rodeado de tecnología muy diferente a la que él conocía, prisionero de seres venidos de muy lejos; o tal vez era un cobaya, un espécimen interesante al que querían estudiar. Después supo que no era así. Había vida allí, y eran tejidos, y vísceras, o cosas que debían cumplir funciones parecidas, lo que en realidad veía. Toda aquella viscosidad que se estremecía en regulares contracciones era un ser vivo. ¿Y él...? ¿Acaso era su comida?

No sufras criatura. Relájate. Déjame sondearte; no te haré daño.

Obedeció. Sintió el contacto mental, y no le produjo asco; al contrario: era como si dedos suaves, temerosos de asustarlo, acariciasen su misma alma. Sus pensamientos fueron los de la entidad en cuya protectora matriz se encontraba. Supo lo que era y de dónde venía, un lugar tan lejano que ni en mil vidas podría llegar hasta él, y conoció la misión que lo llevaba a vagar sin rumbo por la inmensidad del Cosmos: observar, conocer, saber...

Pobre criatura... No comprendes lo que eres ni lo que significas para el Universo en los tiempos que han de venir. Tu cerebro es tan pequeño, tan insignificante, y, sin embargo... Pero no es asunto mío juzgar los designios del Destino. Has tropezado conmigo por casualidad, y no debes recordar este encuentro. Te devolveré con los tuyos. Te buscan.

Volvió de nuevo la oscuridad a su consciencia, furtiva, sin dolor. Seguía flotando dentro de la burbuja. La voz continuaba susurrando,

aunque él ya no escuchaba.

Pero antes, permíteme que te libere de tus sufrimientos. Ese dolor que vuelve oscuros tus pensamientos desaparecerá para siempre, como si nunca hubiese existido. ¡Maldita sea!, no debería hacerlo, pero me estoy volviendo sentimental. No aguanto ver sufrir a estos lastimosos animalitos. Si se entera alguien tendré problemas...

La expedición de búsqueda lo encontró inconsciente, flotando en el espacio, muy cerca de su nave. Cuando recobró el conocimiento, ya camino de Libertas, lo único que dijo fue un nombre; el nombre de alguien que sus seguidores y camaradas de armas no conocían:

YIsis...

CAPÍTULO VI

Ylsis siguió con la mirada el lento discurrir de las nubes en los cielos de Gmar. Tumbada sobre la hierba, con los negros cabellos desordenados y la piel azulina bañada por la luz del sol rojo Dha'ari, en sus ojos rasgados se leía la melancolía. Era feliz, pero su felicidad no era completa; nunca podría serlo, realmente, mientras un sueño imposible ocupase su corazón.

Suspiró y se incorporó, hermosa como una diosa encarnada. Cada tarde esperaba allí el ocaso de Dha'ari, y no regresaba a la aldea hasta que era de noche. Era el lugar donde vio por última vez al gigante dorado que un día encontrara en las selvas, junto al río Gairyna. Siempre acudía, como si fuese un mudo deber.

Ella no conocía las últimas noticias que recorrían el planeta como pólvora, ni le interesaban. Las cosas que la emocionaban no estaban en las guerras del Imperio, ni los edictos del Señor de Graark, sino en el murmullo del Gairyna, en el trino de las aves que poblaban el bosque o en un amanecer en soledad; su mundo era pequeño, pero hermoso. Así, Ylsis ni siquiera pensaba en todo aquello que inquietaba a los demás en el poblado y fuera de él.

Gmar permanecía casi siempre ajena a lo que sucedía fuera de sus fronteras. Ya había bastantes problemas con hacer habitables las densas selvas y acostumbrarse a la vida en un planeta extraño, como para atender además a lo que a ellos ni les iba ni les venía. Además, la mayoría de veces las nuevas les traían las tripulaciones de las

naves comerciales y no eran más que rumores con muy poco crédito.

Sin embargo, aquella vez era diferente. No sólo estaban lo rumores, los detalles pronunciados en susurros; las escasas tropas imperiales destacadas en Adla desarrollaban una frenética actividad, tan inútil como alarmante. Era un síntoma. Uno más.

Según aquellos rumores, los rebeldes habían conquistado Graark y asaltado el palacio de Nieve, la residencia oficial del emperador. Dicho así, sonaba a locura. ¿Como podían un puñado de proscritos, por muy preparados y bien armados que estuviesen, atravesar las defensas de Graark, el famoso Cinturón de la Muerte, que ocupaba casi todo el Sistema, rodeando el Mundo-Hogar? La respuesta vino algún tiempo más tarde, de modo extra-oficial también, pues las autoridades en Adla seguían con su silencio. ¿Cómo...? Muy fácil: alguien los ayudó a entrar; alguien importante traicionó al emperador, permitiendo el asalto rebelde en la propia Graark. No se decían nombres. Nadie estaba seguro.

La lucha, al parecer, había sido intensa, pero los rebeldes, con la ventaja de la sorpresa (¿quién, en su sano juicio, hubiese soñado aquello siquiera?), se hicieron pronto con su posición en el planeta, y, una vez abierta la brecha, fue relativamente fácil acabar con la oposición que encontraron en su camino. Luego, el objetivo fue el palacio de Nieve. Lo sitiaron, y el emperador no pudo huir. El sitio duró varios días (tampoco en esto se ponían de acuerdo los que hablaban sobre ello), y después vino el ataque. La victoria de los rebeldes fue rápida, y aplastante.

El emperador había muerto. El trono ahora lo ocupaba otro, pero nadie sabía su nombre... aún. En todo caso, habría quien no estuviese de acuerdo, y las tropas leales a Jamrah plantarían cara al nuevo Señor de Graark.

Alguien dijo que los traidores que ayudaron a la Alianza Rebelde intentaron después acabar con ellos, una vez muerto Jamarah, y dejar la corona en la frente de alguien muy cercano al fallecido emperador, un ministro, tal vez, pero el final fueron ellos los ejecutados. No se sabía si aquello era verdad o no, como no se sabía nada, en realidad.

Había pasado casi un mes desde que comenzó a circular el rumor, y nadie lo desmentía. Pero a Ylsis no le importaba. ¿Qué más daba que fuese uno u otro el que rigiese el Imperio? Ella sólo

deseaba vivir y ser dichosa, y no había nada más importante que eso.

Anochecía ya, y una lágrima asomó a sus ojos, clavados en el sol gigante que se ocultaba en el horizonte.

No oyó los pasos de alguien a su espalda porque casi no existieron, tal fue la cautela y la habilidad del que caminaba hacia ella. No supo que estaba acompañada hasta que una mano grande, nervuda y fuerte, se posó en su hombre de seda azul.

—He vuelto, *jari*.

Se volvió y la lágrima rodó por su mejilla. Lloraba de felicidad.

FIN